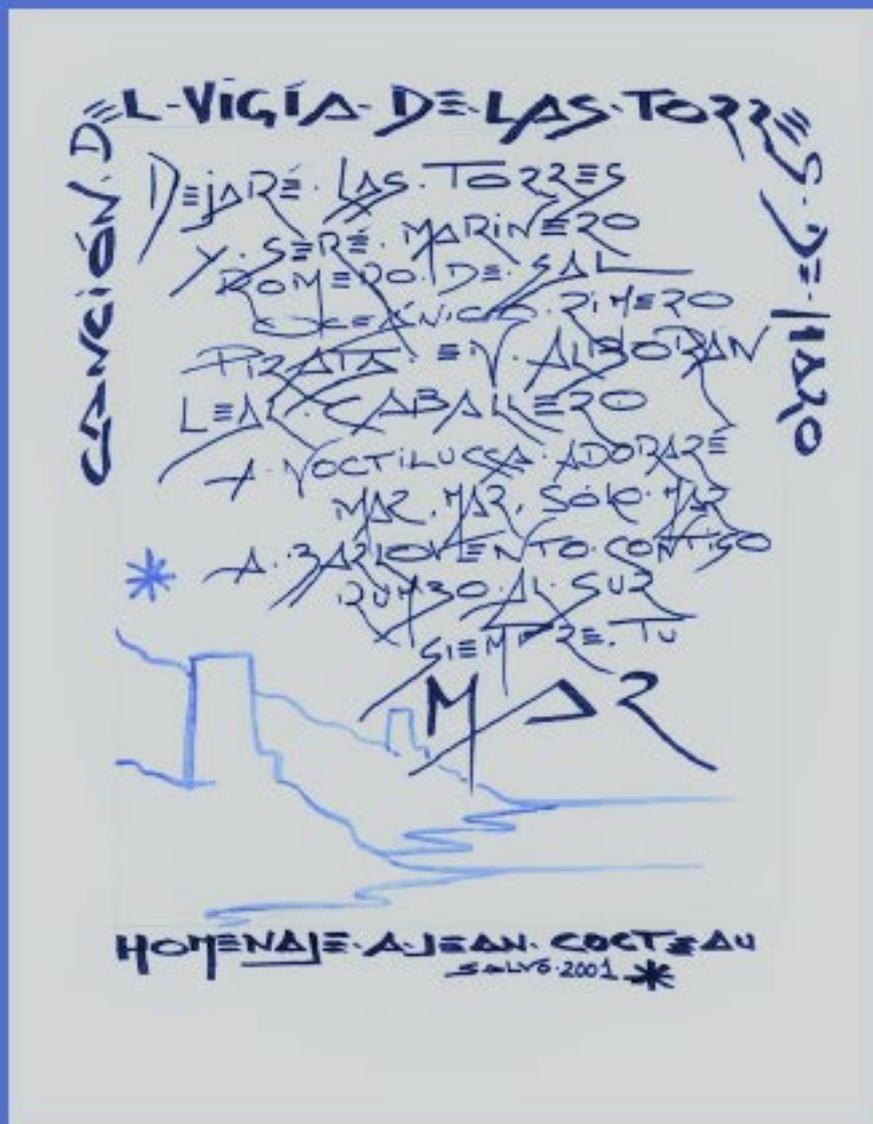


III RECOPIULATORIO
FRAGMENTOS LITERARIOS
FACULTAD DE CIENCIAS



con motivo de la celebración del
DÍA DEL LIBRO
2019

III RECOPIULATORIO DE
FRAGMENTOS LITERARIOS

FACULTAD DE CIENCIAS

con motivo de la celebración del

DÍA DEL LIBRO

2019



Ilustración de cubierta: *Canción del vigía de la Torres de Maro*

Enrique Salvo Tierra

Ilustración de contraportada: Fotografía de Antonio Heredia Bayona

Tu silencio me duele / tanto como la vida, / tanto como el tiempo. / Tus palabras me sostienen / tanto como la tierra, / tanto como el cielo.

(*Poema de la tradición musulmana sufí*)

¿Te ha costado tanto aprender a leer? ¿te enorgullece comprender el sentido de los poemas? / Quédate conmigo este día y esta noche y serás dueño del origen de todos los poemas, / Serás dueño de los bienes de la tierra y del sol (aún quedan millones de soles), / Ya no recibirás de segunda o de tercera mano las cosas, ni mirarás / por los ojos de los muertos, ni te alimentarás de los espectros de los libros/ ...

(Walt Whitman, *Canto a MI mismo*)

Por tercer año consecutivo nuestra Facultad de Ciencias ha celebrado el Día del Libro reuniendo en el presente recopilatorio las aportaciones de fragmentos literarios de todo tipo que solicitamos a principios del mes de Abril. Contribuciones generosas que, otro año más, provienen en su mayoría de personas de la comunidad universitaria de otras facultades y de personas ajenas al mundo universitario. Esta diversidad de procedencias y, también, de lenguas de los textos enriquece notablemente el principal objetivo de esta actividad: rendir homenaje al libro y a la lectura.

Jorge Luis Borges nos dejó escrito el ideal máximo del buen lector, tener acceso y disfrute a la mítica biblioteca: "...La Biblioteca es total [...] en sus anaqueles se registra todo lo que es dable expresar: en todos los idiomas." Nuestra modesta iniciativa es limitada pero seguro nos introducirá en escenarios desconocidos y a buen seguro nos inducirá a nuevos descubrimientos literarios y futuras lecturas. Este es otro de los objetivos de este nuevo y luminoso recopilatorio.

Muchas gracias por vuestra colaboración

Antonio Heredia Bayona

Vicedecano de Estudiantes y Extensión Universitaria

ÍNDICE

ALCÁNTARA GÓMEZ, Sophie	1
ALEDO RAMOS, Juan Carlos.....	2
ANÓNIMO.....	3
ANÓNIMO.....	4
ANÓNIMO.....	5
BARCO CEBRIÁN, Lorena C.....	6 y 7
BRAOS GARCÍA, María Pilar	8
CARRASCO, Eric.....	9
CLASE BIOQUÍMICA, TERCER CURSO, GRADO QUÍMICA.....	10
CORRALES PAVÍA, Heraclio	11
CORTÉS ZABORRAS, Carmen.....	12
DOMÍNGUEZ CARMONA, Eva	13
DURÁN, Rosa.....	14
ESPINOSA, Enrique	15
FERNÁNDEZ MUÑOZ, Rafael	16
FERNÁNDEZ –PALACIOS CAMPOS, Sara	17
FIGUEROA VELASCO, Josefa	18
FLORES MOYA, Antonio.....	19 y 20
FLORIDO MORENO, Pedro	21
FUENTES RÍOS, David.....	22
GALLEGOS REINA, Antonio.....	23
GARCÍA GONZÁLEZ, Francisco	24
GARRIDO ACERO, Ana.....	25
GONZÁLEZ MORENO, Ana.....	26
GONZÁLEZ PALMA, Cristóbal	27
GÓMEZ DE LA TORRE, María Ángeles	28
HEREDIA BAYONA, Antonio	29
HEREDIA GUERRERO, José Alejandro	30

HERRERO ESPAÑA, Blanca.....	31
INFANTES MOLINA, Antonia.....	32
JIMÉNEZ CARMONA, María Carmen.....	33
LACOMBA VEGA, Alba.....	34
LARRUBIA VARGAS, María Ángeles.....	35
LÓPEZ CARRASCO, Miguel Ángel.....	36
LÓPEZ CASADO, Gloria.....	37 y 38
LÓPEZ SERRANO, María.....	39
MARÍN GUERRERO, Pablo.....	40
MARÍN SEDEÑO, Ernesto.....	41
MARTÍN CABALLERO, Gregorio.....	42
MARTÍNEZ GONZÁLEZ, Francisco.....	43
MARTÍNEZ MAZA, María Clelia.....	44
MARTÍNEZ ORELLANA, Adolfo.....	45
MATÉS SÁNCHEZ, José Manuel.....	46
MEDINA TORRES, Miguel Ángel.....	47
MESA CANO, Elena.....	48
MOLINA, Diana.....	49
MORA PERUJO, José.....	50
MORENO OLIVA, María.....	51
OSI.....	52
PAZ LÓPEZ, Guillermo.....	53
PÉREZ POMARES, José María.....	54
PONCE ORTÍZ, Rocío.....	55
POTTER.....	56
PRIETO DEL PINO, Ana María.....	57
QUESADA SÁNCHEZ, Antonio J.....	58
REYES VERA, Sara.....	59
RODRÍGUEZ MARTÍNEZ, Jaime.....	60

RUBIO, Lourdes.....	61
RUIZ DELGADO, María Carmen	62
SALVO TIERRA, Enrique.....	63 y 64
SANTOS RUIZ, Leonor.....	65
SOTO REDONDO, Antonio Manuel.....	66
TRUJILLO OSUNA, Alicia.....	67
TUMINO, Silvia.....	68
VARGAS AGUILAR, Javier	69
VIGO GARCÍA, Francisco	70
VILLATORO MACHUCA, Francisco Román.....	71

Nombre del remitente (opcional): Sophie Alcántara Gómez

Título de la obra:

Autor de la obra:

Él

Nuestra relación tan tormentosa se para un momento mientras me pasa la esponja por el cuerpo. Quieta me quedo mirándole, mostrándome desnuda tanto física como emocionalmente.

El roce de la esponja con mis brazos y piernas hace espuma. Sin preocupación, limpia cada parte de mi piel. El pelo se me adhiere a la cara, el flequillo me tapa levemente los ojos, y aún así no paro de observarle ni un momento.

Callados, cada uno interpretamos el papel que nos toca. Parece que hemos nacido para este momento, y que después podemos morir, desaparecer o hacer como que no nos conocemos. Parece que nuestros caminos se han encontrado de forma fortuita y han sobrevivido de manera angustiosa solo para estar en la bañera, quietos.

De esta forma, sin llegar a romantizar la toxicidad ni mi propia angustia respecto al amor, sin llegar a pronuncia esa dichosa palabra; todo queda a un lado por este momento.

Nombre del remitente (opcional): Juan Carlos Aledo

Título de la obra: El extranjero

Autor de la obra: Albert Camus

Bruscamente se levantó, se dirigió a grandes pasos hacia un extremo del despacho y abrió un cajón de un archivo. Extrajo de él un crucifijo de plata que blandió volviendo hacia mí. Y con voz enteramente cambiada, casi trémula, gritó: “¿Conoce usted a Éste?”. Dije: “Sí, naturalmente”. Entonces me dijo muy de prisa y de un modo apasionado que él creía en Dios y que estaba convencido de que ningún hombre era tan culpable como para que Dios no lo perdonase, pero que para eso era necesario que el hombre, por su arrepentimiento, se volviese como un niño cuya alma está vacía y dispuesta a aceptarlo todo. Se había inclinado con todo el cuerpo sobre la mesa. Agitaba el crucifijo casi sobre mí. A decir verdad, yo había seguido muy mal su razonamiento, ante todo porque tenía calor, porque unos moscardones se posaban en mi cara, y también porque me atemorizaba un poco. Me daba cuenta al mismo tiempo de que era ridículo porque yo era el criminal, después de todo. Sin embargo, continuó. Comprendí más o menos que en su opinión no había más que un punto oscuro en mi confesión: era el hecho de haber esperado para tirar el segundo disparo de revólver. El resto estaba muy bien, pero él no comprendía por qué había esperado.

Iba a decirle que hacía mal en obstinarse: el último punto no tenía tanta importancia. Pero me interrumpió y me exhortó por última vez, irguiéndose bruscamente, y preguntándome si creía en Dios. Contesté que no. Se sentó indignado. Me dijo que era imposible, que todos los hombres creían en Dios, aun aquellos que le volvían la espada. Tal era su convicción, y si alguna vez llegara a dudar, la vida no tendría sentido. “¿Quiere usted -exclamó- que mi vida carezca de sentido?” Según mi opinión aquello no me concernía y se lo dije. Entonces me puso el Cristo bajo los ojos por encima de la mesa y gritó de forma irrazonable: “Yo soy cristiano. Pido a Éste el perdón de tus pecados. ¿Cómo puedes no creer que ha sufrido por ti?”. Me di perfecta cuenta de que me tuteaba, pero ..., también estaba harto. Cada vez hacía más y más calor. Como siempre que siento deseos de librarme de alguien a quien apenas escucho, puse cara de aprobación. Con gran sorpresa mía, exclamó triunfante: “Ves, ves -decía-. ¿No es cierto que crees y que vas a confiarte en Él?”. Evidentemente, dije “no” una vez más. Se dejó caer en el sillón.

Nombre del remitente (opcional):

Título de la obra: Rima IV

Autor de la obra: Gustavo Adolfo Bécquer

No digáis que, agotado su tesoro,
de asuntos falta, enmudeció la lira;
podrá no haber poetas; pero siempre
habrá poesía.

Mientras las ondas de la luz al beso
palpiten encendidas,
mientras el sol las desgarradas nubes
de fuego y oro vista,
mientras el aire en su regazo lleve
perfumes y armonías,
mientras haya en el mundo primavera,
¡habrá poesía!

Mientras la ciencia a descubrir no alcance
las fuentes de la vida,
y en el mar o en el cielo haya un abismo
que al cálculo resista,
mientras la humanidad siempre avanzando
no sepa a dó camina,
mientras haya un misterio para el hombre,
¡habrá poesía!

Mientras se sienta que se ríe el alma,
sin que los labios rían;
mientras se llore, sin que el llanto acuda
a nublar la pupila;
mientras el corazón y la cabeza
batallando prosigan,
mientras haya esperanzas y recuerdos,
¡habrá poesía!

Mientras haya unos ojos que reflejen
los ojos que los miran,
mientras responda el labio suspirando
al labio que suspira,
mientras sentirse puedan en un beso
dos almas confundidas,
mientras exista una mujer hermosa,
¡habrá poesía!

Nombre del remitente (opcional):

Título de la obra: Soneto 126

Autor de la obra: Lope de Vega

Desmayarse, atreverse, estar furioso,
áspero, tierno, liberal, esquivo,
alentado, mortal, difunto, vivo,
leal, traidor, cobarde, animoso;
no hallar fuera del bien centro y reposo
mostrarse alegre, triste, humilde, altivo,
enojado, valiente, fugitivo,
satisfecho, ofendido, receloso;
huir el rostro al claro desengaño,
beber veneno por licor süave,
olvidar el provecho, amar el daño;
creer que un cielo en un infierno cabe,
dar la vida y el alma a un desengaño;
esto es amor: quien lo probó lo sabe

Nombre del remitente (opcional):

Título de la obra: ¿Qué es conducta?

Autor de la obra: Esteve Freixa i Baqué

Si sustituimos en la frase “los hombres mueren porque son mortales” la palabra “mortales” por su definición, obtenemos la perogrullada siguiente: “los hombres mueren porque son seres que mueren”. Y frente a esta tautología ahora desenmascarada, ni siquiera un niño de 4 años, en plena fase de: “papá, ¿por qué los pájaros vuelan?”; “papá, ¿por qué los peces no se ahogan?” etc. se contentaría con dicha “explicación”. Pero basta con camuflarla un poco y parece una docta sentencia: “Pedro ayuda a su prójimo porque posee una gran bondad”, “Pablo martiriza a los animales porque posee un elevado grado de sadismo” (...) Ser bondadoso, ser sádico, no es más que la manera rápida de decir que tal persona se comporta habitualmente de una manera que hemos convenido en llamar bondadosa o sádica (y que consiste, entre otros elementos, en ayudar a su prójimo y a martirizar a los animales indefensos respectivamente), pero en modo alguno puede ello ser la causa de dichas conductas, so pena de tautología flagrante. La pregunta pertinente sería: “¿por qué Utr se comporta habitualmente de esta manera llamada prudente y, por consiguiente, le llamamos prudente?” Formulada así la pregunta, resulta evidente que la respuesta: “porque es prudente” aparece como inequívocamente tautológica y la rechazamos por insatisfactoria, buscando entonces las verdaderas causas: “porque de no hacerlo así, su familia se moriría de hambre”. Y tal respuesta, poniendo el acento en las consecuencias de la conducta, desplaza el factor causal desde el interior del sujeto hacia el entorno o, mejor dicho, pone el acento sobre la interacción entre el sujeto y el entorno. Se trata de un notable cambio de perspectiva, ¿no?

Nombre del remitente (opcional): Lorena C. Barco Cebrián.

Título de la obra: *Nuestra Señora de París* (1831).

Autor de la obra: Víctor Hugo.

Bajo la forma de imprenta el pensamiento es más imperecedero que nunca: es volátil, inasible, indestructible. Se mezcla con el aire. [...] Se convierte en bandada de pájaros, se esparce a los cuatro vientos y ocupa al mismo tiempo todos los lugares del espacio y del aire...

Nombre del remitente (opcional): Lorena C. Barco Cebrián

Título de la obra: introducción a la *Visión deleitable*, de Alfonso de la Torre (1526)

Autor de la obra: Jacobo Cromberger

Entre las artes e invenciones sutiles creadas por los hombres, se debe tener por muy señalada el arte de imprimir libros, por dos principales razones: la primera, porque concurren en ella muchos medios para lograr su fin, y cada uno de ellos es de muy sutil invención y casi admirable; la segunda, por la gran utilidad que de ella se sigue. Notorio es que antes de su invención eran muy raros los que tenían posibilidad de comprar los libros, por el mucho precio que valían, y pocos bastaban para surtir las librerías. Empero, después de la invención de esta divina arte, a causa de la mucha copia de libros, manifiesta es la multiplicación y gran fertilidad que hay en toda la Cristiandad de grandes hombres en todas las materias, y cuán en la cumbre están hoy todas las Artes y Ciencias.

Nombre del remitente (opcional): Pilar Braos García

Título de la obra: *¡Absalón, Absalón!*,

Autor de la obra: William Faulkner

Y es que no montó en cólera. [...] Se había limitado a pensar, porque le rondaba la idea de que algo tendría que hacer al respecto; algo tendría que hacer con el fin de vivir consigo mismo durante el resto de sus días, y si no supo decidir qué era fue debido a esa inocencia que acababa de descubrir que poseía, amén de que tendría que litigar con ella (con la inocencia, no con el hombre, ni con la tradición). [...] mientras las dos personas que en su interior debatían estuvieron de acuerdo en que si hubiese solo uno, si tuviera una sola persona mayor y más inteligente a la que preguntar... Pero no la tenía, no se tenía más que a sí, a los dos que tenía en el interior de un cuerpo que contaba tal vez trece o tal vez catorce [...] años, [...], mientras discutía consigo mismo sin perder la calma: *Pero sí le puedo pegar un tiro.* (No al negro vestido de mono de feria. No se trataba en modo alguno del negro, tal como tampoco se trató del negro al que su padre ayudó aquella noche a dar una paliza. Ese negro no era más que otro rostro como un globo huido y distendido por las risotadas pánfilas y terribles que no se atrevía a reventar, que lo miraba con desprecio, desde su mayor altura, desde el otro lado de la puerta entornada, [...] lo miraba desde dentro del rostro como un globo, tal como el hombre que ni siquiera tenía que ponerse los zapatos de los que era dueño, al que la risa del globo mantenía tras una barricada, protegido de quienes, como él, miraban desde un lugar invisible (al hombre) en el que estuviera en ese momento, y miraba al chiquillo ante la puerta solo entornada, por la que no iba a entrar, mirando a través del chiquillo y más allá de él, viendo él mismo a su propio padre y a sus hermanas y hermanos a la vez que el propietario, el rico (no el negro), debía de haberlos visto en todo momento, como si fuesen ganado, seres lentos y pesados, desprovistos de toda gracia, evacuados con brutalidad a un mundo, sin esperanza, sin sentido, para ellos sin por ni para qué, donde a su vez serían capaces de reproducirse con brutal y viciada fecundidad, duplicarse, triplicarse, entremezclarse, llenar a rebosar el espacio y la tierra de una raza cuyo futuro sería una sucesión de prendas acertadas y remendadas y rehechas, compradas a precios exorbitantes porque eran blancos, en tiendas en las que a los negros se les daban las mismas prendas gratis, teniendo por única herencia la expresión de un rostro como un globo a punto de reventar de risa, que había mirado a uno de sus progenitores, no recordado, sin nombre, que llamó con los nudillos a una puerta cuando era un chiquillo y que se encontró con un negro que le indicó que se fuese a la puerta de atrás). *Pero sí le puedo pegar un tiro;* y el otro: *No. Eso no serviría de nada;* y el primero: *Entonces, ¿qué hacemos?;* y el otro: *No lo sé;* y el primero: *Pero sí le puedo pegar un tiro. Podría colarme con sigilo por ahí mismo, entre la maleza, y agazaparme a la espera de que salga a tumbarse en la hamaca y pegarle un tiro sin más;* y el otro: *No. Eso no serviría de nada;* y el primero: *Entonces, ¿qué hacemos?;* y el otro: *No lo sé.*

Nombre del remitente (opcional): CARRASCO, ERIC

Título de la obra: No te enamores de una mujer que lee

Autor de la obra: Martha Rivera-Garrido, poeta dominicana.

No te enamores de una mujer que lee, de una mujer que siente demasiado, de una mujer que escribe... No te enamores de una mujer culta, maga, delirante, loca. No te enamores de una mujer que piensa, que sabe lo que sabe y además sabe volar; una mujer segura de sí misma. No te enamores de una mujer que se ríe o llora haciendo el amor, que sabe convertir en espíritu su carne; y mucho menos de una que ame la poesía (esas son las más peligrosas), o que se quede media hora contemplando una pintura y no sepa vivir sin la música. No te enamores de una mujer a la que le interese la política y que sea rebelde y vertigue un inmenso horror por las injusticias. Una a la que le gusten los juegos de fútbol y de pelota y no le guste para nada ver televisión. Ni de una mujer que es bella sin importar las características de su cara y de su cuerpo. No te enamores de una mujer intensa, lúdica y lúcida e irreverente. No quieras enamorarte de una mujer así. Porque cuando te enamoras de una mujer como esa, se quede ella contigo o no, te ame ella o no, de ella, de una mujer así, JAMAS se regresa.

Nombre del remitente (opcional): Clase de Bioquímica, tercer curso, Grado en Química

Título de la obra: El árbol de la ciencia

Autor de la obra: Pío Baroja

—En eso estoy conforme —dijo Andrés—. La voluntad, el deseo de vivir, es tan fuerte en el animal como en el hombre. En el hombre es mayor la comprensión. A más comprender corresponde menos desear. Esto es lógico, y además se comprueba en la realidad. La apetencia por conocer se despierta en los individuos que aparecen al final de una evolución, cuando el instinto de vivir languidece. El hombre, cuya necesidad es conocer, es como la mariposa que rompe la crisálida para morir. El individuo sano, vivo, fuerte, no ve las cosas como son, porque no le conviene. Está dentro de una alucinación. Don Quijote, a quien Cervantes quiso dar un sentido negativo, es un símbolo de la afirmación de la vida. Don Quijote vive más que todas las personas que le rodean, vive más y con más intensidad que los otros. El individuo o el pueblo que quiere vivir se envuelve en nubes como los antiguos dioses cuando se aparecían a los mortales. El instinto vital necesita de la ficción para afirmarse. La ciencia entonces, el instinto de crítica, el instinto de averiguación debe encontrar una verdad: la cantidad de mentira que se necesita para la vida. ¿Se ríe usted?

—Sí, me río, porque eso que tú expones con palabras del día, está dicho nada menos que en la Biblia.

— ¡Bah!

—Sí, en el Génesis. Tú habrás leído que en el centro del Paraíso había dos árboles: el árbol de la vida y el árbol de la ciencia del bien y del mal. El árbol de la vida era inmenso, frondoso, y, según algunos santos padres, daba la inmortalidad. El árbol de la ciencia no se dice cómo era; probablemente sería mezquino y triste. ¿Y tú sabes lo que le dijo Dios a Adán?

—No recuerdo, la verdad.

—Pues al tenerle a Adán delante, le dijo: “Puedes comer todos los frutos del jardín; pero cuidado con el fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal, porque el día que tú comas su fruto morirás de muerte”. Y Dios, seguramente, añadió: “Comed del árbol de la vida, sed bestias, sed cerdos, sed egoístas, revolcaos por el suelo alegremente; pero no comáis del árbol de la ciencia, porque ese fruto agrio os dará una tendencia a mejorar que os destruirá”. ¿No es un consejo admirable?

Nombre del remitente (opcional): Heraclio Corrales Pavía

Título de la obra: *Frankenstein*

Autor de la obra: Mary Shelly

¿Quién podrá concebir los horrores de mi trabajo secreto, cuando me veía a andar entre las mohosas tumbas sin consagrar o torturando animales vivos para conseguir insuflar vida al barro inerte? Me tiemblan las manos y siento deseos de llorar al recordarlo; pero en aquel entonces un impulso irrefrenable y casi frenético me obligaba a continuar adelante; era como si hubiera perdido el alma y la sensibilidad para todo salvo para lo que perseguía. En realidad, fue como un estado de trance pasajero que, cuando aquel antinatural estímulo dejó de actuar sobre mí, sólo me procuró una renovada y especial sensibilidad tan pronto como regresé a mis viejas costumbres. Recogí huesos de los osarios y profané con mis impúdicas manos los secretos del cuerpo humano. En una sala solitaria —o, más bien, un desván, en la parte alta de una casa, y separado de los otros pisos por una galería y una escalera— preparé el taller para mi repugnante creación; mis ojos se salían de sus órbitas y se clavaban en los diminutos detalles de mi trabajo. Los quirófanos y el matadero me proporcionaban la mayor parte de mis materiales, y a menudo sentía que a mi naturaleza humana le repugnaba aquella ocupación, pero, aún apremiado por la ansiedad que constantemente me acuciaba, proseguí con el trabajo hasta que prácticamente le di fin.

Nombre del remitente (opcional): Carmen Cortés Zaborras

Título de la obra: Insumisa

Autor de la obra: Yevguenia Yaroslávskaja-Markón

Un año más tarde, cuando tenía trece, me enamoré perdidamente, con apasionada sinceridad, de la idea de revolución. Esta atracción se parecía mucho a una pasión amorosa: me causaba rubor y me sentía avergonzada cuando en mi presencia hablaban de la revolución por casualidad, exactamente igual que mis amigas cuando alguien mencionaba al elegido de su corazón... Incluso un coro débil y desafinado tarareando *Dibunushka* suscitaba en mí el mismo dulce temblor que experimenta una burguesa cuando oye las notas de un entusiasta *foxtrot*. A esa edad comencé a leer a Plejánov, aunque, a veces, a decir verdad, me aburría. Pero me obligaba a leerlo: ¿cómo, si no, podría convertirme en una erudita propagandista?

En el liceo no era mala estudiante, si bien un poco perezosa. Sacaba buenas notas en geografía, ciencias naturales, alemán, literatura rusa e historia. Lo que peor se me daba era la ortografía: todavía hoy no he aprendido a escribir sin faltas. Cometo errores en las cuatro lenguas que domino: el ruso, el alemán, el francés y el hebreo. Además, era famosa en el liceo por mi mal comportamiento, aunque, en realidad, ese mal comportamiento era peculiar. No hacía travesuras como los otros niños (¿Qué travesuras podía hacer si todos mis pensamientos estaban centrados en la revolución? Por eso, en clase me distraía. Parecía absorta en la resolución de un problema de álgebra, cuando, en realidad, lo que me preocupaba eran las masas trabajadoras. Así pues, como es natural, me equivocaba: donde debía ir un signo más ponía un signo menos. ¡Y, de repente, todo el problema estaba mal!). Por lo tanto, traviesa no era, tampoco promiscua (actitud a la que a menudo se refieren como «mal comportamiento» en los liceos femeninos). No, yo era diferente: consideraba mi deber ser lo más insolente posible con la dirección del liceo, no doblegarme ante nadie y defender a cualquier alumna, con uñas y dientes, si era preciso. Entendía la situación así: los profesores y la dirección representaban el poder; las alumnas, las masas oprimidas... Era una idea infantil, de una ingenuidad rayana en la estupidez y profundamente injusta, sobre todo habida cuenta de que nuestro liceo era una institución privada y cara: la mayoría de las estudiantes provenían de familias burguesas, mientras que los profesores e incluso la directora, por el contrario, eran los mejores exponentes de la clase intelectual progresista y trabajadora...

Nombre del remitente (opcional): Eva Domínguez Carmona

Título de la obra: El sistema periódico

Autor de la obra: Primo Levi

En los apuntes se daba un detalle que en una primera lectura yo había pasado por alto, y es que el zinc, tan tierno y delicado, tan dócil ante los demás ácidos que se funden en uno, se comporta en cambio de modo bastante diferente cuando aparece en estado puro: entonces se resiste obstinadamente al ataque. Se podían sacar dos consecuencias filosóficas contradictorias entre sí: el elogio de la pureza, que protege del mal como una coraza y el elogio de la impureza que abre la puerta a las transformaciones, o sea a la vida. Descarté la primera, desagradablemente moralista, y me dediqué a considerar la segunda, más afín con mi manera de ser. Para que la rueda dé vueltas, para que la vida sea vivida, hacen falta las impurezas, y las impurezas de las impurezas; y pasa igual con el terreno, como es bien sabido, si se quiere que sea fértil. Hace falta la disensión, la diversidad, el grano de sal y de mostaza.

Nombre del remitente (opcional): Rosa Durán

Título de la obra: Un episodio nacional

Autor de la obra: Rosa Durán

Quien se sienta cervantina y machadiana
poco lugar encontrará en esta España
que, más que a Cervantes y Machado,
aclama y vitorea a Sancho Panza.

Atrás y lejos quedaron los quijotes,
y más aún los molinos laboriosos,
no hay más meta ni horizonte
que tener dinero y permanecer ociosos,
de nada sirven el esfuerzo y el tesón,
ya no se admira a los grandes sabios,
un premio nobel resulta un tostón
para los jóvenes de éxito diario.

Quién fuera pluma en manos de Delibes
para escribir un episodio nacional,
a la luz de unas velas tristes
y ansiosas por ver el final,
quien pudiera vivir año tras año
sin prisa, sin ansias por llegar,
quien pudiera solo compartir
otros cien años de soledad.

Nombre del remitente (opcional): Enrique Espinosa

Título de la obra: Preámbulo a las instrucciones para dar cuerda a un reloj.

Autor de la obra: Julio Cortázar

Piensa en esto: cuando te regalan un reloj te regalan un pequeño infierno florido, una cadena de rosas, un calabozo de aire. No te dan solamente el reloj, que los cumplas muy felices y esperamos que te dure porque es de buena marca, suizo con áncora de rubíes; no te regalan solamente ese menudo picapedrero que te atarás a la muñeca y pasearás contigo. Te regalan -no lo saben, lo terrible es que no lo saben-, te regalan un nuevo pedazo frágil y precario de ti mismo, algo que es tuyo pero no es tu cuerpo, que hay que atar a tu cuerpo con su correa como un bracito desesperado colgándose de tu muñeca. Te regalan la necesidad de darle cuerda todos los días, la obligación de darle cuerda para que siga siendo un reloj; te regalan la obsesión de atender a la hora exacta en las vitrinas de las joyerías, en el anuncio por la radio, en el servicio telefónico. Te regalan el miedo de perderlo, de que te lo roben, de que se te caiga al suelo y se rompa. Te regalan su marca, y la seguridad de que es una marca mejor que las otras, te regalan la tendencia de comparar tu reloj con los demás relojes. No te regalan un reloj, tú eres el regalado, a ti te ofrecen para el cumpleaños del reloj.

Nombre del remitente (opcional): Rafael Fernández Muñoz. IHSM La Mayora

Título de la obra: Pregúntale al polvo

Autor de la obra: John Fante

Me vio en cuanto entré. Y se alegró de verme; me di cuenta porque los ojos se le dilataron. La cara se le iluminó y a mí se me hizo otro nudo en la garganta. Me sentí muy contento al instante, seguro de mí mismo, limpio y consciente de mi juventud. Tomé asiento ante la misma mesa delantera. Había música en el local aquella noche, piano y violín; dos gordas con cara de macho y pelo corto. Tocaban Over the waves. Tarará tará y contemplé el bailoteo de Camila con la bandeja de las cervezas. Tenía el cabello muy negro, muy negro y muy espeso, igual que racimos de uva que le ocultaran el cuello. Aquel lugar era sagrado. Todo estaba impregnado de santidad y bendición allí, las sillas, las mesas, el paño que llevaba en la mano, el serrín que ella pisaba. Era una princesa maya y aquél era su castillo. Observé el deslizamiento de las sandalias estropeadas por el suelo y deseé aquellas sandalias. Me habría gustado dormirme abrazado a ellas. Me habría gustado abrazarme a ellas y aspirar su aroma.

No se acercaba a mi mesa, pero me sentía contento. No vengas en seguida, Camila; deja que esté un rato solo para acostumbrarme a este insólito entusiasmo; permíteme estar solo mientras viajo con la cabeza por el encanto infinito de tu gloria radiante; déjame solo un ratito nada más para desear y soñar con los ojos bien abiertos.

Vino por fin con una taza de café en la bandeja. El mismo café, la misma taza parduzca y desportillada. Se acercó con los ojos más negros y dilatados que nunca, con paso quedo, con sonrisa intrigante, y el corazón se me puso a latir con tanta fuerza que pensé que iba a desmayarme. Cuando estuvo a mi lado, noté el ligero perfume de su sudor junto con el olor penetrante y limpio del uniforme almidonado. El olor me dominó, me volvió idiota y me puse a respirar por la boca para eludirlo. Me sonrió para darme a entender que quitaba importancia al café derramado la noche anterior; más aún, me dio la sensación de que le había gustado el episodio, de que se alegraba y me lo agradecía.

- No sabía que tuvieras pecas -me dijo.

Nombre del remitente: Sara Fernández-Palacios Campos

Título de la obra: *El amante Japonés*

Autor de la obra: Isabel Allende

18 de julio de 1984

“Sé cómo estás sufriendo y me apena no poder ayudarte. Mientras te escribo, sé que estás angustiada negociando con la enfermedad de tu marido. No puedes controlar esto, Alma, sólo puedes acompañarlo con mucho valor.

Nuestra separación es muy dolorosa. Estamos acostumbrados a nuestros jueves sagrados, las cenas privadas, los paseos en el parque, las breves aventuras de un fin de semana. ¿Por qué el mundo me parece desteñido? Los sonidos me llegan de lejos, como en sordina, la comida me sabe a jabón. ¡Tantos meses sin vernos! Compré tu colonia para sentir tu olor. Me consuelo escribiendo poesía, que un día te daré porque es para ti.

¡Y tú me acusas de no ser romántico!

De poco me han servido los años de práctica espiritual si no he logrado despejarme del deseo. Espero tus cartas y tu voz en el teléfono, te imagino llegar corriendo... A veces el amor duele.

Ichi”

Nombre del remitente (opcional): Josefa Figueroa Velasco

Título de la obra: “ La vagabunda”

Autor de la obra: Colette

‘He cedido, lo confieso, he cedido al permitir a este hombre que vuelva mañana, ante el deseo de conservar en él, no un enamorado, no un amigo, sino un ávido espectador de mi vida y de mi persona... Hay que envejecer terriblemente, me dijo un día Margot, para renunciar a la vanidad de vivir ante alguien’.

Nombre del remitente (opcional): Antonio Flores Moya

Título de la obra: Besos.

Autor de la obra: Gabriela Mistral, Premio Nobel de Literatura (1945).

Hay besos que pronuncian por sí solos
la sentencia de amor condenatoria,
hay besos que se dan con la mirada
hay besos que se dan con la memoria.

Hay besos silenciosos, besos nobles
hay besos enigmáticos, sinceros
hay besos que se dan sólo las almas
hay besos por prohibidos, verdaderos.

Hay besos que calcinan y que hieren,
hay besos que arrebatan los sentidos,
hay besos misteriosos que han dejado
mil sueños errantes y perdidos.

Hay besos problemáticos que encierran
una clave que nadie ha descifrado,
hay besos que engendran la tragedia
cuantas rosas en broche han deshojado.

Hay besos perfumados, besos tibios
que palpitan en íntimos anhelos,
hay besos que en los labios dejan huellas
como un campo de sol entre dos hielos.

Hay besos que parecen azucenas
por sublimes, ingenuos y por puros,
hay besos traicioneros y cobardes,
hay besos maldecidos y perjuros.

Judas besa a Jesús y deja impresa
en su rostro de Dios, la felonía,
mientras la Magdalena con sus besos
fortifica piadosa su agonía.

Desde entonces en los besos palpita
el amor, la traición y los dolores,
en las bodas humanas se parecen
a la brisa que juega con las flores.

Hay besos que producen desvaríos
de amorosa pasión ardiente y loca,
tú los conoces bien son besos míos
inventados por mí, para tu boca.

Besos de llama que en rastro impreso
llevan los surcos de un amor vedado,
besos de tempestad, salvajes besos
que solo nuestros labios han probado.

¿Te acuerdas del primero...? Indefinible;
cubrió tu faz de cárdenos sonrojos
y en los espasmos de emoción terrible,
llenáronse de lágrimas tus ojos.

¿Te acuerdas que una tarde en loco exceso
te vi celoso imaginando agravios,
te suspendí en mis brazos... vibró un beso,
y qué viste después...? Sangre en mis labios.

Yo te enseñé a besar: los besos fríos
son de impasible corazón de roca,
yo te enseñé a besar con besos míos
inventados por mí, para tu boca.

Nombre del remitente (opcional): Pedro Florido Moreno

Título de la obra: El Hobbit

Autor de la obra: J. R. R. Tolkien

En un agujero en el suelo, vivía un hobbit. No un agujero húmedo, sucio, repugnante, con restos de gusanos y olor a fango, ni tampoco seco, desnudo y arenoso, sin nada en que sentarse o que comer: era un agujero-hobbit, y eso significa comodidad.

Tenía una puerta redonda, perfecta, como un ojo de buey, pintada de verde, con una manilla de bronce dorada y brillante, justo en el medio. La puerta se abría a un vestíbulo cilíndrico, como un túnel: un túnel muy cómodo, sin humos, con paredes revestidas de madera y suelos enlosados y alfombrados, provistos de sillas barnizadas, y montones y montones de perchas para sombreros y abrigos; el hobbit era aficionado a las visitas. El túnel se extendía serpeando, y penetraba bastante, pero no directamente, en la ladera de la colina –La Colina, como la llamaba toda la gente de muchas millas alrededor–, y muchas puertecitas redondas se abrían en él, primero a un lado y luego al otro. Nada de subir escaleras para el hobbit: dormitorios, cuartos de baño, bodegas, despensas (muchas), armarios (habitaciones enteras dedicadas a ropa), cocinas, comedores, se encontraban en la misma planta, y en verdad en el mismo pasillo. Las mejores habitaciones estaban todas a la izquierda de la puerta principal, pues eran las únicas que tenían ventanas, ventanas redondas, profundamente excavadas, que miraban al jardín y los prados de más allá, camino del río.

Este hobbit era un hobbit acomodado, y se apellidaba Bolsón. Los Bolsón habían vivido en las cercanías de La Colina desde hacía muchísimo tiempo, y la gente los consideraba muy respetables, no solo porque casi todos eran ricos, sino también porque nunca tenían ninguna aventura ni hacían algo inesperado: uno podía saber lo que le diría un Bolsón acerca de cualquier asunto sin necesidad de preguntárselo. Esta es la historia de cómo un Bolsón tuvo una aventura, y se encontró a sí mismo haciendo y diciendo cosas por completo inesperadas. Podría haber perdido el respeto de los vecinos, pero ganó... Bueno, ya veréis si al final ganó algo.

Nombre del remitente (opcional): DAVID FUENTES RIOS

Título de la obra: CIEN AÑOS DE SOLEDAD

Autor de la obra: GRABIEL GARCÍA MÁRQUEZ

“El mundo era tan reciente que carecían de nombre, y para mencionarlas había que señalarlas con el dedo”

Nombre del remitente (opcional): Antonio Gallegos Reina

Título de la obra: La hierba roja.

Autor de la obra: Boris Vian.

“Envejecer no tiene ninguna importancia si se ha vivido. Pero de lo que me quejo es de que se empiece por envejecer. Mire, Monsieur Brul, mi punto de vista es simple: mientras exista un lugar en el que haya aire, sol y hierba, tenemos la obligación de lamentar no estar allí”

Nombre del remitente (opcional): Francisco García González

Título de la obra: As I Lay Dying

Autor de la obra: William Faulkner

"Let's go that way, Dewey Dell," I say. "What for?" Dewey Dell says. The track went shining around the window, it red on the track. But she said he would not sell it to the town boys. "But it will be there Christmas," Dewey Dell says. "You'll have to wait till then, when he brings it back.". Darl went to Jackson. Lots of people didn't go to Jackson. Darl is my brother. My brother is going to Jackson. While we walk the lights go around, roosting in the trees. On all sides it is the same. They go around the courthouse and then you cannot see them. But you can see them in the black windows beyond. They have all gone home to bed except me and Dewey Dell. Going on the train to Jackson. My brother. There is a light in the store, far back. In the window are two big glasses of soda water, red and green. Two men could not drink them. Two mules could not. Two cows could not. Darl. A man comes to the door. He looks at Dewey Dell. "You wait out here," Dewey Dell says. "Why cant I come in?" I say. "I want to come in, too." "You wait out here," she says. "All right," I say. Dewey Dell goes in. Darl is my brother. Darl went crazy. The walk is harder than sitting on the ground. He is in the open door. He looks at me. "You want something?" he says. His head is slick. Jewel's head is slick sometimes. Cash's head is not slick. Darl he went to Jackson my brother Darl. In the street he ate a banana. Wouldn't you rather have bananas? Dewey Dell said. You wait till Christmas. It'll be there then. Then you can see it. So we are going to have some bananas. We are going to have a bag full, me and Dewey Dell. He locks the door. Dewey Dell is inside. Then the light winks out. He went to Jackson. He went crazy and went to Jackson both. Lots of people didn't go crazy. Pa and Cash and Jewel and Dewey Dell and me didn't go crazy. We never did go crazy. We didn't go to Jackson either. Darl. I hear the cow a long time, clopping on the street. Then she comes into the square. She goes across the square, her head down clopping. She lows. There was nothing in the square before she lowed, but it wasn't empty. Now it is empty after she lowed. She goes on, clopping. She lows. My brother is Darl. He went to Jackson on the train. He didn't go on the train to go crazy. He went crazy in our wagon. Darl. She has been in there a long time. And the cow is gone too. A long time. She has been in there longer than the cow was. But not as long as empty. Darl is my brother. My brother Darl.

Dewey Dell comes out. She looks at me. "Let's go around that way now," I say. She looks at me. "It ain't going to work," she says. "That son of a bitch." "What ain't going to work, Dewey Dell?" "I just know it won't," she says. She is not looking at anything. "I just know it."

Nombre del remitente (opcional): Ana Garrido Acero

Título de la obra: *La utilidad de lo inútil: manifiesto*. Con un ensayo de Abraham Flexner.

Traducción de Jordi Bayod.

Autor de la obra: Nuccio Ordine

No pretendo en absoluto sugerir que toda la actividad que se desarrolla en los laboratorios tiene finalmente alguna utilidad práctica inesperada ni que la utilidad práctica final constituye su verdadera justificación. Defiendo más bien la conveniencia de abolir la palabra *utilidad* y liberar el espíritu humano. Por supuesto esto comportaría dar libertad a unos cuantos excéntricos inofensivos y derrochar algunos preciosos dólares. Pero es infinitamente más importante que de este modo quebraríamos las cadenas de la mente humana le otorgáramos libertad para las aventuras que en nuestros propios días han conducido, por un lado, a Hale, Rutherford, Einstein y sus semejantes hasta las regiones más remotas del espacio, alejadas de nosotros millones y millones de kilómetros, y, por otro, han liberado la ilimitada energía encerrada en el átomo. Lo que Rutherford y otros como Bohr y Millikan han conseguido por pura curiosidad, en su lucha por entender la construcción del átomo, ha desatado fuerzas que pueden transformar la vida humana; pero este resultado práctico final, imprevisto e impredecible, no constituye la justificación de los trabajos de Rutherford, Einstein, Millikan, Bohr o cualquiera de sus semejantes. Dejémoslos tranquilos. Ningún gestor educativo puede orientar de ninguna manera las investigaciones de estos hombres. El despilfarro, lo admito de nuevo, parece enorme. Pero en realidad no lo es. Todo el derroche que se ha producido en el desarrollo de la ciencia bacteriológica es prácticamente nulo si se compara con las ventajas que proceden de los descubrimientos de Pasteur, Koch, Ehrlich, Theobald Smith y muchísimos otros –ventajas que nunca habrían surgido si la idea de la posible utilidad hubiera dominado sus mentes--. Estos grandes artistas –pues científicos y bacteriólogos lo son-- difundieron el espíritu que prevaleció en unos laboratorios en los que no hacían otra cosa que seguir el hilo de su propia curiosidad natural.

Nombre del remitente (opcional): Ana González Moreno

Título de la obra: Desde los afectos

Autor de la obra: Daniel Russo

¿Cómo hacerte saber que siempre hay tiempo?
Que uno sólo tiene que buscarlo y dárselo,
Que nadie establece normas salvo la vida,
Que la vida sin ciertas normas pierde forma,
Que la forma no se pierde con abrimos,
Que abrimos no es amar indiscriminadamente,
Que no está prohibido amar,
Que también se puede odiar,
Que el odio y el amor son afectos
Que la agresión porque sí hiera mucho,
Que las heridas se cierran,
Que las puertas no deben cerrarse,
Que la mayor puerta es el afecto,
Que los afectos nos definen,
Que definirse no es remar contra la corriente,
Que no cuanto más fuerte se hace el trazo más se dibuja
[...]
Que cuesta ser sensible y no herirse,
Que herirse no es desangrarse,
Que para no ser heridos levantamos muros,
Que quien siembra muros no recoge nada,
Que casi todos somos albañiles de muros,
Que sería mejor construir puentes,
Que sobre ellos se va a la otra orilla y también se vuelve,
Que volver no implica retroceder,
Que retroceder también puede ser avanzar,
Que no por mucho avanzar se amanece más cerca del sol,
¿Cómo hacerte saber que nadie establece normas salvo la vida?

Nombre del remitente (opcional): Cristóbal González Palma

Título de la obra: “Comunicación de amor invisible por los ojos”

Autor de la obra: Francisco de Quevedo

Si mis párpados, Lisi, labios fueran,
besos fueran los rayos visuales
de mis ojos, que al sol miran caudales
águilas, y besaran más que vieran.

Tus bellezas, hidrónicos, bebieran,
y cristales, sedientos de cristales;
de luces y de incendios celestiales,
alimentando su morir, vivieran.

De invisible comercio mantenidos,
y desnudos de cuerpo, los favores
gozaran mis potencias y sentidos;

mudos se requebraran los ardores;
pudieran, apartados, verse unidos,
y en público, secretos, los amores.

Nombre del remitente (opcional): M^a Ángeles Gómez de la Torre

Título de la obra: El nombre de la Rosa

Autor de la obra: Umberto Eco

¡Oh, Señor!, cuando el alma cae en éxtasis, la única virtud reside en amar lo que se ve (¿verdad?), la máxima felicidad reside en tener lo que se tiene, porque allí la vida bienaventurada se bebe en su misma fuente (¿acaso no está dicho?), porque allí se saborea la vida verdadera que después de ésta mortal, nos tocará vivir junto a los ángeles en la eternidad... Esos eran mis pensamientos, y me parecía que por fin se estaban cumpliendo las profecías, mientras la muchacha me colmaba de goces indescriptibles, y era como si todo mi cuerpo fuese un ojo por delante y por detrás, y pudiese ver al mismo tiempo todo lo que había alrededor. Y comprendí que de allí, del amor, surgen al mismo tiempo la unidad y la suavidad y el bien y el beso y el abrazo, como ya había oído decir creyendo que me hablaban de algo distinto. Y sólo en un momento, mientras mi goce estaba por tocar el cenit, pensé que quizá estaba siendo poseído, y de noche, por el demonio meridiano, obligado por fin a revelar su verdadera naturaleza demoníaca al alma en éxtasis que le pregunta «¿quién eres?» él, que sabe arrebatarse el alma y engañar al cuerpo. Pero en seguida me convencí de que las diabólicas eran mis vacilaciones, porque nada podía ser más justo, más bueno, más santo que lo que entonces estaba sintiendo, con una suavidad que crecía por momentos. Como la ínfima gota de agua, que al mezclarse con el vino desaparece y adquiere el color y el sabor del vino, como el hierro incandescente, que se vuelve casi indiscernible del fuego y pierde su forma primitiva, como el aire inundado por la luz del sol, que se transforma en supremo resplandor y se funde en idéntica claridad, hasta el punto de no parecer iluminado, sino él mismo luz iluminante, así me sentía yo morir en tierna licuefacción, sólo con fuerzas para musitar las palabras del salmo: «Mi pecho es como vino nuevo, sin espiradero, que rompe odres nuevos», y de pronto vi una luz enceguecedora y en medio una forma del color del zafiro que ardía con un fuego esplendoroso y muy suave, y esa luz brillante se irradió a través del fuego esplendoroso, y ese fuego esplendoroso a través de la forma rutilante, y esa luz enceguecedora junto con el fuego esplendoroso a través de toda la forma,

Nombre del remitente (opcional): Antonio Heredia

Título de la obra: *Cuatro Cuartetos*

Autor de la obra: T. S. Eliot

Dices que repito

algo que ya había dicho antes. Lo diré otra vez,
¿lo digo otra vez? Para llegar ahí,
para llegar donde tú estás, para ir desde donde no estás,
has de ir por un camino donde no haya éxtasis.

Para venir a lo que no sabes
has de ir por un camino que es el de la ignorancia.

Para poseer lo que no posees
has de ir por el camino de la desposesión.

Para venir a lo que no eres
has de ir a través del camino en que no estás.

Y lo que no sabes es lo único que sabes,
y lo que posees es lo que no posees,
y en donde estás es donde no estás.

East Coker, III

Vamos, aquí, ya, siempre
-un estado de pura sencillez
(para el que todo hay que darlo)
y todo irá bien
y de todas maneras todo irá bien
cuando lenguas de llama se entrelacen
en coronado nudo de fuego
y el fuego y la rosa sean uno.

Little Gidding, (final)

Nombre del remitente (opcional): José Alejandro Heredia Guerrero.

Título de la obra: EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA.

Autor de la obra: Miguel de Cervantes Saavedra.

-Con todo eso, te hago saber, hermano Panza -replicó don Quijote-, que no hay memoria a quien el tiempo no acabe, ni dolor que muerte no le consuma.

-Pues, ¿qué mayor desdicha puede ser -replicó Panza- de aquella que aguarda al tiempo que la consuma y a la muerte que la acabe? Si esta nuestra desgracia fuera de aquellas que con un par de emplastos se curan, aun no tan malo; pero voy viendo que no han de bastar todos los emplastos de un hospital para ponerlas en buen término siquiera.

-Déjate deso y saca fuerzas de flaqueza, Sancho -respondió don Quijote-, que así haré yo, y veamos cómo está Rocinante; que, a lo que me parece, no le ha cabido al pobre la menor parte desta desgracia.

(QUIJOTE, I, CAP. 15)

Nombre del remitente: Blanca Herrero España

Título de la obra: Y aún así, me levanto

Autor de la obra: Maya Angelou.

Tú puedes escribirme en la historia
con tus amargas, torcidas mentiras,
puedes aventarme al fango
y aún así, como el polvo... me levanto.

¿Mi descaro te molesta?
¿Porqué estás ahí quieto, apesadumbrado?
Porque camino
como si fuera dueña de pozos petroleros
bombeando en la sala de mi casa...

Como lunas y como soles,
con la certeza de las mareas,
como las esperanzas brincando alto,
así... yo me levanto.

¿Me quieres ver destrozada?
cabeza agachada y ojos bajos,
hombros caídos como lágrimas,
debilitados por mi llanto desconsolado.

¿Mi arrogancia te ofende?
No lo tomes tan a pecho,
Porque yo río como si tuviera minas de oro
excavándose en el mismo patio de mi casa.

Puedes dispararme con tus palabras,
puedes herirme con tus ojos,
puedes matarme con tu odio,
y aún así, como el aire, me levanto.

¿Mi sensualidad te molesta?
¿Surge como una sorpresa
que yo baile como si tuviera diamantes
ahí, donde se encuentran mis muslos?

De las barracas de vergüenza de la historia
yo me levanto
desde el pasado enraizado en dolor
yo me levanto
soy un negro océano, amplio e inquieto,
manando
me extendiendo, sobre la marea,
dejando atrás noches de temor, de terror,
me levanto,
a un amanecer maravillosamente claro,
me levanto,
brindado los regalos legados por mis ancestros.
Yo soy el sueño y la esperanza del esclavo.
Me levanto.
Me levanto.
Me levanto.

Nombre del remitente (opcional): Antonia Infantes Molina

Título de la obra: *La caída de los gigantes*

Autor de la obra: Ken Follett

“Pasaron por delante de la escuela de la que, hasta el día anterior, habían sido alumnos. Se trataba de un edificio victoriano con ventanas ojivales como las de una iglesia. Había sido erigido por la familia Fitzherbert, tal como el director se encargaba de recordar de forma incansable a los alumnos. El conde aún contrataba personalmente a los maestros y decidía el contenido del programa académico. Las paredes estaban repletas de cuadros de heroicas victorias militares, y la grandeza de Gran Bretaña era un tema constante. En la clase sobre las Escrituras con la que daba comienzo cada jornada escolar se impartían estrictas doctrinas anglicanas, a pesar de que casi todos los niños provenían de familias pertenecientes a sectores disidentes, escindidos de la Iglesia anglicana, también llamados no conformistas. Había una junta escolar de la que formaba parte el padre de Billy, pero carecía de poder auténtico y sus funciones se limitaban únicamente a aconsejar y asesorar. El padre del chico aseguraba que el conde trataba la escuela como si fuese una propiedad personal.

En su último año de estudios, Billy y Tommy habían aprendido las nociones básicas de la minería, mientras que las chicas aprendían a coser y a guisar. A Billy le había sorprendido descubrir que el suelo que había bajo sus pies estaba formado por capas de distintas clases de tierra, como si hubiera un montón de emparedados apilados unos encima de otros. Una «veta de carbón», una expresión que había oído toda su vida sin entenderla realmente, era una de dichas capas. También le habían explicado que el carbón estaba hecho de hojas muertas y otras clases de materia vegetal, acumuladas durante años y años y comprimidas por el peso de la tierra que tenían encima. Tommy, cuyo padre era ateo, aseguraba que eso demostraba que lo que decía la Biblia era mentira, pero el padre de Billy afirmaba que solo era una interpretación.”

Nombre del remitente (opcional): M^a CARMEN JIMÉNEZ CARMONA

Título de la obra: EL REENCUENTRO

Autor de la obra: CREACIÓN PROPIA

Hola mi querido amor:

Somos prisioneros del tiempo, palabra odiosa que nos ata y nos vigila en nuestra existencia.

Nos aboca a sentir frustración pensando que el momento vivido se nos escapa de las manos.

Tiempo que nos agobia al mirar como la felicidad obtenida se difumina, haciéndonos olvidar las experiencias que nos hacen vivir, arrinconadas en el resorte de la memoria al igual que las gotas de lluvia en el cristal se escapan ante la mirada perdida de un niño.

Pero ¿qué es el tiempo? ¿Por qué lo respetamos siempre, cual parte de mí se tratará?

Somos prisioneros del tiempo, palabra agónica que nos corta las alas de nuestra existencia.

Nos aboca a vivir palpitante cada instante temiendo que sea el último respirado por cada ser, que desesperado busca lo único que el tiempo no podrá borrar, El AMOR.

Sentimiento guerrero que escondido en su armadura lucha por sobrevivir entre las almas que vagan perdidas, buscando una que le acoja.

Amor ingenuo, inocente, limpio, puro y verdadero, que llega triunfante al son de miles de clarines.

Amor que duele, llora, ríe, confía y sueña, anhelando que su alma elegida lo acepte para poder plantarle cara al tiempo.

Contigo a mi lado, mi lluvia deseada, ni el más embravecido tiempo podrá vencer nuestro amor.

Nombre del remitente (opcional): Alba Lacomba Vega

Título de la obra: Texto propio.

Autor de la obra: Alba Lacomba Vega

Bruscamente se levantó, se dirigió a grandes pasos hacia un extremo del despacho y abrió un cajón de un archivo. Extrajo de él un crucifijo de plata que blandió volviendo hacia mí. Y con voz enteramente cambiada, casi trémula, gritó: “¿Conoce usted a Éste?”. Dije: “Sí, naturalmente”. Entonces me dijo muy de prisa y de un modo apasionado que él creía en Dios y que estaba convencido de que ningún hombre era tan culpable como para que Dios no lo perdonase, pero que para eso era necesario que el hombre, por su arrepentimiento, se volviese como un niño cuya alma está vacía y dispuesta a aceptarlo todo. Se había inclinado con todo el cuerpo sobre la mesa. Agitaba el crucifijo casi sobre mí. A decir verdad, yo había seguido muy mal su razonamiento, ante todo porque tenía calor, porque unos moscardones se posaban en mi cara, y también porque me atemorizaba un poco. Me daba cuenta al mismo tiempo de que era ridículo porque yo era el criminal, después de todo. Sin embargo, continuó. Comprendí más o menos que en su opinión no había más que un punto oscuro en mi confesión: era el hecho de haber esperado para tirar el segundo disparo de revólver. El resto estaba muy bien, pero él no comprendía por qué había esperado.

Iba a decirle que hacía mal en obstinarse: el último punto no tenía tanta importancia. Pero me interrumpió y me exhortó por última vez, irguiéndose bruscamente, y preguntándome si creía en Dios. Contesté que no. Se sentó indignado. Me dijo que era imposible, que todos los hombres creían en Dios, aun aquellos que le volvían la espada. Tal era su convicción, y si alguna vez llegara a dudar, la vida no tendría sentido. “¿Quiere usted -exclamó- que mi vida carezca de sentido?” Según mi opinión aquello no me concernía y se lo dije. Entonces me puso el Cristo bajo los ojos por encima de la mesa y gritó de forma irrazonable: “Yo soy cristiano. Pido a Éste el perdón de tus pecados. ¿Cómo puedes no creer que ha sufrido por ti?”. Me di perfecta cuenta de que me tuteaba, pero ..., también estaba harto. Cada vez hacía más y más calor. Como siempre que siento deseos de librarme de alguien a quien apenas escucho, puse cara de aprobación. Con gran sorpresa mía, exclamó triunfante: “Ves, ves -decía-. ¿No es cierto que crees y que vas a confiarte en Él?”. Evidentemente, dije “no” una vez más. Se dejó caer en el sillón.

Nombre del remitente (opcional): M^a Ángeles Larrubia Vargas

Título de la obra: Akademeia

Autor de la obra: Jesús Santamaría. Catedrático de Ingeniería Química de la Universidad de Zaragoza.

...Esto nos conducía directamente al segundo posible candidato al papel de asesino más famoso del MIT: Barron. Él también tenía motivos y, además, como yo sabía, era poseedor de un bolígrafo como el que Alison había visto en poder de Karen Winslom. No era descabellado pensar que hubiese podido llenar el bolígrafo con el agente tóxico, empaquetarlo y convencer a Jarrod para que lo entregase como parte del premio. Jarrod era una elección perfecta: idolatraba a Barron y era lo suficientemente leal – o debería decir ¿ingenuo? - como para no desvelar su procedencia. Además, ese bolígrafo-dispensador no podía adquirirse en los comercios, era algo que Dortmund fabricaba individualmente y debía haber muy pocos en circulación. Por eso era muy probable que lo que Alison había visto fuese el bolígrafo de Barron. En ese caso, Barron era un asesino y había utilizado a Jarrod para cometer su crimen.

A medida que las piezas comenzaban a encajar, me resultaba más difícil seguir comiendo. Con la garganta seca, aparté lo que quedaba de pizza, pedí otra cerveza y volví a repasar mi razonamiento. No encontraba ningún fallo, pero tenía que reconocer que no pasaban de ser elucubraciones. Aunque a mí me parecían razonables, seguían siendo hipótesis sin comprobar. Me concentré en la próxima decisión: qué hacer con la información que tenía. Aunque yo no acusaba directamente a Barron, si iba a la policía con mi descubrimiento – en el paquete había un bolígrafo capaz de liberar líquidos a través de su pared que probablemente pertenecía a Marcus Barron, catedrático del MIT – me convertiría automáticamente en la persona cuyo testimonio lo había colocado como sospechoso principal de asesinato. Si me había equivocado, si Barron era acusado y resultaba ser inocente, ya podía olvidarme de hacer carrera en Estados Unidos. Quedaría marcado como la persona que lo había denunciado: un famoso investigador injustamente acusado por un postdoc resentido. Por no hablar de que Barron tenía poder y contactos suficientes como para ponerme muy difícil volver a trabajar en cualquier Universidad norteamericana decente.

Nombre del remitente (opcional): Miguel Ángel López Carrasco

Título de la obra: Ginkgo biloba

Autor de la obra: Johann Wolfgang von Goethe

Las hojas de este árbol, que del Oriente
a mi jardín venido, lo adorna ahora,
un arcano sentido tienen, que al sabio
de reflexión le brindan materia obvia.

¿Será este árbol extraño algún ser vivo
que un día en dos mitades se dividiera? ¿O dos seres que tanto se comprendieron,
que fundirse en un solo ser decidieran?

La clave de este enigma tan inquietante
Yo dentro de mí mismo creo haberla hallado:
¿no adivinas tú mismo, por mis canciones,
que soy sencillo y doble como este árbol?

Nombre del remitente (opcional): Gloria López Casado

Título de la obra: Sinfonías de la Mañana

Autor de la obra: Martín Llade

LA MUJER DEL DAGUERROTIPO

Cuando el retratista llegó al hogar de los Keller, su invitada se revolvió. ¿Por qué querían que ella saliera también en el daguerrotipo?.

- No lo entiendo, Max –dijo la anciana a su anfitrión-, es una cosa familiar. ¿Qué pintaría yo ahí?

Max Keller explicó a su vieja amiga que sería un bonito recuerdo de aquel día estival de 1840. Por eso era preciso que posasen todos los presentes en la casa aquella tarde, esto es, el propio Keller, su mujer, sus dos hijas, su cuñado y hasta la cocinera. Y por supuesto ella, Konstanze von Nissen, de 78 años, de soltera Konstanze Weber y durante su primer matrimonio, Konstanze Mozart.

- A mí este tipo de retratos me parecen un poco cosa de brujas –replicó ella-, te sacan como con cara de muerto. Un sacerdote me dijo que hay algo de demoniaco en esto, como si te robaran un pedazo de alma.

- ¡Qué va –repuso él-, es algo precioso. Una especie de victoria sobre la muerte. Porque cuando pase el tiempo siempre quedará la placa del daguerrotipo y otros podrán saber cómo éramos. Porque nuestras voces se pierden, y hasta nuestra forma de caminar y nuestro olor. Pero nuestra imagen permanecerá para siempre... Y otros que no nos conocieron, podrán saber cómo éramos.

...

La situaron a la derecha de Max, delante de la cocinera. El retratista les pidió que adoptasen una expresión relajada porque serían varios minutos de exposición. Konstanze suspiró; seguía sin convencerle la cosa pero, en fin, los Keller se portaban tan bien con ella cuando iba a pasar unos días a su casa cada verano que era incapaz de negarles nada.

Respecto a Max Keller, no cabía en sí de gozo. Y es que se había salido con la suya. Le importaba un bledo que su rostro quedase para la posteridad. Él sabía mejor que nadie que era un compositor del montón, un autor de himnos de iglesia de pueblo y de piececitas para

trompeta. Y le daba igual lo que dijeran sus bienintencionados amigos. Lo sabía y punto. A nadie le importaría saber cómo era su aspecto, ni el de su mujer, hijas o cuñado, cien años después de su muerte. Pero la mujer que estaba a su lado con cara de resignación era muy distinta. Había sido la esposa de Mozart y sus ojos habían visto los del genio absoluto. Mozart fue parte de aquella mujer y su música había flotado dentro de ella y, a su vez, Konstanze se había transuscitado en la más maravillosa música jamás compuesta. Por eso, y a falta de una fotografía de Mozart, el mundo podría vislumbrarle, siquiera un poco, en la mirada de ella en el daguerrotipo. Esa sería la mayor aportación de Max Keller a la Historia. Esa. Y no ninguna de sus aburridas composiciones. Y tanto le satisfizo esta idea que, a pesar de que se mordió los labios e intentó permanecer serio, no pudo evitar que su rostro de futuro cadáver quedara plasmado esbozando una media sonrisa en el daguerrotipo.

Nombre del remitente (opcional): María López Serrano, Estudiante de Matemáticas (UMA)

Título de la obra: Yo leo, si y solo si, tu lees.

Autor de la obra: Los Lunares de Mi Piel (mi blog)

Yo leo, si y solo si, tu lees.

Quiero que se acaben. Que se acaben todas las falacias de: ‘Esta seguro que no ha cogido un libro en su vida’, ‘Este lo único que hace es leer y leer’, ‘Si ni si quiera lee en español, ¿acaso va a leer en inglés?’, ‘Lo tuyo son los numeritos, no las letras’, ‘Se te va a poner la cabeza cuadrada de tanto leer’, ‘Eres muy grande ya para esos libros’, ‘No te pega leer tanto’, ‘Este libro no es para ti’...

La lectura, es el único medio que nos deja al mismo nivel a todos. Le da alas al que no tiene dinero, y se las para al que se cree demasiado. Asequible para muchos, y no igual de interesante para todos. Te mantiene con los pies en el suelo cuando es necesario, y te sube a las nubes cuando te encontrabas por los suelos. ¿Habrás algo más maravilloso?

Leer un libro nos relaja y nos adentra, en un mundo en el que cualquier cosa puede pasar. Nos enseña que hay historias que todavía no han tenido un final y que hay finales que merecen ser guardados en una historia. Es emoción que nos llega como magia a través de las palabras. Es recordar con anhelo tu pasado e imaginar con alevosía un próspero futuro. Lees de dónde vienes, cuál es tu historia y por qué ocurrió así. Conoces lo que eres y te adentras a soñar con todo lo que queda por conseguir. Leer es inculcar a la cantera que viene detrás, porque un niño que lee, es un adulto que piensa.

Algunos dicen que leer demasiado puede ser perjudicial; a lo que yo respondo que es cierto, pues perjudica a tu ignorancia. Otros piensan que puede encasillarte en un estereotipo. Pero no es así. La lectura nos eleva y nos transforma. Nos iguala y nos mejora.

Yo leo, tú lees, y él, sea como sea, también lee. ¿Qué más dará?

Los Lunares de Mi Piel

Nombre del remitente (opcional): Pablo Marín Guerrero.

Título de la obra: Poemas de amor.

Autor de la obra: Antonio Gala.

El olvido no existe. La belleza
se añora sin cesar y se persigue,
memoria y profecía de sí misma.
La belleza es un sino, lo mismo que la muerte.

Teníamos once años,
y la palabra abril significaba
igual para los dos...

Puede el amante
dejar de amar, pero, ay, amará siempre
el tiempo en el que amó:
cuando, al amanecer,
cabía el mundo entero
dentro de una mirada;
cuando al amanecer rompió a cantar
lo que no se sentía con fuerza de decir.

Ernesto Marín Sedeño

Alumno de doctorado en Biología Celular y Molecular

Título: *Anábasis*

Autor: **Jenofonte; traducción y notas de Óscar Martínez García (Alianza editorial)**

“Entretanto, Jenofonte se paseaba a caballo entre las filas arengando a sus hombres: <<¡Soldados, pensad que estamos corriendo hacia Grecia, hacia vuestras mujeres e hijos; haced ahora este pequeño esfuerzo y no habrá más lucha en lo que queda de camino!>>. Entonces Sotéridas de Sición replicó lo siguiente: <<No estamos en igualdad de condiciones, Jenofonte. Tú vas a caballo y yo estoy completamente destrozado a fuerza de llevar el escudo>>. Cuando Jenofonte oyó sus palabras, se bajó del caballo, lo arrastró fuera de la fila y, arrancándole el escudo, prosiguió la marcha con él en las manos lo más deprisa que pudo; todavía llevaba encima la coraza de jinete, con lo que soportaba un enorme peso. A los que iban delante de él les ordenaba que siguieran, a los que marchaban por detrás, que lo adelantaran, ya que le resultaba difícil mantener el paso. El resto de los soldados golpearon a Sotéridas, le apedrearon y le insultaron hasta que le obligaron a volver a coger el escudo y reanudar la marcha. Por su parte, Jenofonte subió a su montura y los guio a caballo mientras el terreno lo permitió, pero cuando éste se volvió demasiado accidentado, dejó atrás el caballo y siguió a pie. Llegaron a la cima antes que los enemigos.” (III 4. 46-49)

Las peripecias y aventuras que se narran en *Anábasis* por el militar e historiador ateniense Jenofonte pudieron servir a Alejandro III de Macedonia, más conocido como Alejandro Magno, como fuente de inspiración durante la conquista del imperio persa.

Nombre del remitente (opcional): **Gregorio Martín**

Título de la obra: **Donde el corazón te lleve**

Autor de la obra: **Susanna Tamaro**

Hace dos meses que te fuiste y desde hace dos meses, salvo una postal en la que me comunicabas que todavía estabas viva, no he tenido noticias tuyas. Esta mañana, en el jardín me detuve largo rato ante tu rosa. Aunque estamos en pleno otoño, resalta con su color púrpura, solitaria y arrogante, sobre el resto de la vegetación, ya apagada. ¿Te acuerdas de cuando la plantamos? Tenías diez años y hacía poco que habías leído El Principito. Te lo había regalado yo como premio por tus notas. Esa historia te había encantado. Entre todos los personajes, tus predilectos eran la rosa y el zorro; en cambio, no te gustaban el baobab, la serpiente, el aviador, ni todos esos hombres vacíos y presumidos que viajaban sentados en sus minúsculos planetas. Así que, una mañana, mientras desayunábamos, dijiste: «Quiero una rosa.» Ante mi objeción de que ya teníamos muchas, contestaste: «Quiero una que sea solamente mía, quiero cuidarla, hacer que se vuelva grande.» Naturalmente, además de la rosa también querías un zorro. Con la astucia de los niños, habías presentado primero el deseo accesible y después el casi imposible...

...¿Cómo podía negarte el zorro después de haberte concedido la rosa? Sobre este extremo discutimos largamente y por último nos pusimos de acuerdo sobre un perro.

Cada vez que te sientas extraviada, confusa, piensa en los árboles, recuerda su manera de crecer. Recuerda que un árbol de gran copa y pocas raíces es derribado por la primera ráfaga de viento, en tanto que un árbol con muchas raíces y poca copa a duras penas deja circular su savia. Raíces y copa han de tener la misma medida, has de estar en las cosas y sobre ellas: sólo así podrás ofrecer sombra y reparo, sólo así al llegar la estación apropiada podrás cubrirte de flores y de frutos.

Y luego, cuando ante ti se abran muchos caminos y no sepas cuál recorrer, no te metas en uno cualquiera al azar: siéntate y aguarda. Respira con la confiada profundidad con que respiraste el día en que viniste al mundo, sin permitir que nada te distraiga: aguarda y aguarda más aún. Quédate quieta, en silencio, y escucha a tu corazón. Y cuando te hable, levántate y ve donde él te lleve.

Nombre del remitente (opcional): Francisco Martínez González

Título de la obra: *La señora Dalloway* (traducción de Julio Rodríguez Puértolas)

Autora de la obra: Virginia Woolf

Allí abrió Shakespeare de nuevo. Aquella embriaguez que sentía de joven por el lenguaje –*Antonio y Cleopatra*– se había marchitado totalmente. ¡Cómo detestaba Shakespeare la condición humana: vestirse, tener hijos, la sordidez de la boca y el vientre! Eso le fue revelado a Septimus ahora; el mensaje oculto tras la belleza de las palabras. La señal secreta que cada generación pasa, disfrazada, a la siguiente es el aborrecimiento, el odio, la desesperación. Y lo mismo Dante. Y Esquilo (en traducción) lo mismo. Rezia estaba sentada a la mesa confeccionando sombreros. Lo hacía para las amigas de la señora Filmer, hora tras hora. Parecía pálida, misteriosa, como un lirio, sumergida, bajo el agua, pensó él.

«Los ingleses son tan serios», decía ella rodeando a Septimus con sus brazos, la mejilla de él contra la suya.

Shakespeare consideraba repulsivo el amor entre hombre y mujer. La cópula llegó a parecerle repugnante. Pero ella debía tener hijos, dijo Rezia. Llevaban cinco años casados.

Fueron juntos a la Torre y al Museo Victoria y Alberto y permanecieron de pie entre la multitud para ver al rey inaugurar el Parlamento. Y luego estaban las tiendas que ella se detenía a mirar; tiendas de sombreros y vestidos, tiendas que mostraban bolsos en los escaparates. Pero tenía que tener un hijo.

Tenía que tener un hijo que fuera como Septimus, decía. Pero nadie podía ser como Septimus, tan bueno, tan serio, tan inteligente. ¿No podía también ella leer a Shakespeare? ¿Era Shakespeare un autor difícil de leer?, preguntaba.

No se pueden traer hijos a un mundo como este. No se puede perpetuar el sufrimiento, ni aumentar el número de animales lujuriosos que carecen de emociones duraderas y solo experimentan caprichos y frivolidades que los arrastran en una u otra dirección

Nombre del remitente (opcional): Clelia Martínez Maza

Título de la obra: Elegía

Autor de la obra: Rosario Castellanos

Elegía

Nunca, como a tu lado, fui de piedra.

Y yo que me soñaba nube, agua,
aire sobre la hoja,
fuego de mil cambiantes llamaradas,
sólo supe yacer,
pesar, que es lo que sabe hacer la piedra
alrededor del cuello del ahogado.

Nombre del remitente (opcional): Adolfo Martínez Orellana.

Título de la obra: *“Principes de Maine, reyes de Nueva Inglaterra” (Las normas de la casa de la sidra)*

Autor de la obra: *John Irving*

“La misma gente que nos dice que debemos defender la vida de los no nacidos... es la misma gente que no parece tan interesada en defender a nadie salvo a si misma una vez que el accidente del nacimiento se ha consumado. A la misma gente que profesa su amor por el alma del nonato... no le interesa ayudar a los pobres, no le interesa ofrecer asistencia a los no deseados ni a los oprimidos. ¿Cómo justifican tanto interés por un feto y tan poco por los niños no deseados y maltratados? Condenan a otros por el accidente de la concepción; condenan a los pobres... como si estuviera en manos de ellos no serlo. Una forma en que los pobres podrían ayudarse a si mismos consistiría en que tuviesen control de la amplitud de su prole. ¡Yo pensaba que la libertad de elección era obviamente democrática... típica de Estados Unidos!”

“¡Los Roosevelt sois héroes nacionales! Sois mis héroes, al menos. ¿Cómo podéis tolerar las leyes antiabortistas, antinorteamericanas y antidemocráticas de este país?”

Para entonces el Dr Larch había dejado de escribir y declamaba en el dispensario. Enfermera Edna se acercó a la puerta y golpeteó los escarchados cristales.

-¿Es democrática una sociedad que condena al pueblo al accidente de la concepción? -rugió Wilbur Larch- ¿Qué somos?... ¿monos? Si esperáis que la gente sea responsable de sus hijos, debéis concederles el derecho a elegir tenerlos o no tenerlos. ¿En qué pensáis? ¡No sólo estáis locos! ¡Sois unos ogros! -Wilbur Larch chillaba tanto que Enfermera Edna entró en el dispensario y lo sacudió.

-Wilbur, los niños pueden oírlo -le dijo- . Y las madres. Todo el mundo puede oírlo.

-Pero nadie me escucha -dijo el Dr. Larch. Enfermera Edna reconoció la involuntaria contracción en las mejillas de Wilbur Larch y la flojera de su labio inferior; el doctor estaba emergiendo del éter.

De la novela “Principes de Maine, reyes de Nueva Inglaterra” (Las normas de la casa de la sidra), de John Irving (1985).

Nombre del remitente (opcional): José Manuel Matés Sánchez

Título de la obra: El perfume. Historia de un asesino.

Autor de la obra: Patrick Süskind

En el siglo XVIII vivió en Francia uno de los hombres más geniales y abominables de una época en que no escasearon los hombres abominables y geniales. Aquí relataremos su historia. Se llamaba Jean-Baptiste Grenouille y si su nombre, a diferencia del de otros monstruos geniales como De Sade, Saint-Just, Fouchè Napoleón, etcétera, ha caído en el olvido, no se debe en modo alguno a que Grenouille fuera a la zaga de estos hombres célebres y tenebrosos en altanería, desprecio por sus semejantes, inmoralidad, en una palabra, impiedad, sino a que su genio y su única ambición se limitaban a un terreno que no deja huellas en la historia: al efímero mundo de los olores. En la época que nos ocupa reinaba en las ciudades un hedor apenas concebible para el hombre moderno. Las calles apestabán a estiércol, los patios interiores apestabán a orina, los huecos de las escaleras apestabán a madera podrida y excrementos de rata, las cocinas, a col podrida y grasa de carnero; los aposentos sin ventilación apestabán a polvo enmohecido; los dormitorios, a sábanas grasientas, a edredones húmedos y al penetrante olor dulzón de los orinales. Las chimeneas apestabán a azufre, las curtidurías, a lejías cáusticas, los mataderos, a sangre coagulada. Hombres y mujeres apestabán a sudor y a ropa sucia; en sus bocas apestabán los dientes infectados, los alientos olían a cebolla y los cuerpos, cuando ya no eran jóvenes, a queso rancio, a leche agria y a tumores malignos. Apestabán los ríos, apestabán las plazas, apestabán las iglesias y el hedor se respiraba por igual bajo los puentes y en los palacios. El campesino apestabá como el clérigo, el oficial de artesano, como la esposa del maestro; apestabá la nobleza entera y, si, incluso el rey apestabá como un animal carnicero y la reina como una cabra vieja, tanto en verano como en invierno, porque en el siglo XVIII aún no se había atajado la actividad corrosiva de las bacterias y por consiguiente no había ninguna acción humana, ni creadora ni destructora, ninguna manifestación de vida incipiente o en decadencia que no fuera acompañada de algún hedor. Y, como es natural, el hedor alcanzaba sus máximas proporciones en París, porque París era la mayor ciudad de Francia. Y dentro de París había un lugar donde el hedor se convertía en infernal, entre la Rue aux Fers y la Rue de la Ferronnerie, o sea, el Cimetière des Innocents... Fue aquí, en el lugar más maloliente de todo el reino, donde nació el 17 de julio de 1738 Jean-Baptiste Grenouille. Era uno de los días más calurosos del año. El calor se abatía como plomo derretido sobre el cementerio y se extendía hacia las calles adyacentes como un vaho putrefacto que olía a una mezcla de melones podridos y cuerno quemado...

Nombre del remitente (opcional): Miguel Ángel Medina Torres

Título de la obra: Momo

Autor de la obra: Michael Ende

Lo que la pequeña Momo sabía hacer como nadie era escuchar. Eso no es nada especial, dirá, quizás, algún lector; cualquiera sabe escuchar.

Pues eso es un error. Muy pocas personas saben escuchar de verdad. Y la manera en que sabía escuchar Momo era única.

Momo sabía escuchar de tal manera que a la gente tonta se le ocurrían, de repente, ideas muy inteligentes. No porque dijera o preguntara algo que llevara a los demás a pensar esas ideas, no; simplemente estaba allí y escuchaba con toda su atención y toda su simpatía.

Mientras tanto miraba al otro con sus grandes ojos negros y el otro en cuestión notaba de inmediato cómo se le ocurrían pensamientos que nunca hubiera creído que estaban en él.

Sabía escuchar de tal manera que la gente perpleja o indecisa sabía muy bien, de repente, qué era lo que quería. O los tímidos se sentían de súbito muy libres y valerosos. O los desgraciados y agobiados se volvían confiados y alegres. Y si alguien creía que su vida estaba totalmente perdida y que era insignificante y que él mismo no era más que uno entre millones, y que no importaba nada y que se podía sustituir con la misma facilidad que una maceta rota, iba y le contaba todo eso a la pequeña Momo, y le resultaba claro, de modo misterioso mientras hablaba, que tal como era sólo había uno entre todos los hombres y que, por eso, era importante a su manera, para el mundo.

¡Así sabía escuchar Momo!

Nombre del remitente (opcional): Elena Mesa Cano

Título de la obra: Braving the wilderness

Autor de la obra: Brené Brown

“**True belonging** is the spiritual practice of believing in and belonging to yourself so deeply that you can share your most authentic self with the world and find sacredness in both being a part of something and standing alone in the wilderness. True belonging doesn’t require you to *change* who you are; it requires you to *be* who you are.”

[...]

“Stop walking through the world looking for confirmation that you don’t belong. You will always find it because you’ve made that your mission. Stop scouring people’s faces for evidence that you’re not enough. You will always find it because you’ve made that your goal. True belonging and self-worth are not goods; we don’t negotiate their value with the world. The truth about who we are lives in our hearts. Our call to courage is to protect our wild heart against constant evaluation, especially our own. No one belongs here more than you.”

Nombre del remitente (opcional): Diana Molina

Título de la obra: Los hilos de Ariadna

Autor de la obra: Manuel Lozano Leiva

“La mayoría de los filósofos de la antigua Grecia eran hombres de éxito en sus actividades profesionales, normalmente comerciales, que ganaban prestigio y adeptos con la elegancia de su retórica. A ninguno se le hubiera ocurrido ni por asomo contrastar sus ideas sobre la naturaleza con la observación (...) o la experimentación. El grandísimo Aristóteles, sin ir más lejos, hizo decenas de afirmaciones como las tres que siguen: para que se forme el arco iris hacen falta nubes; las mujeres tienen una muela menos que los hombres, y el pensamiento se basa exclusivamente en el lenguaje. Si se hubiera fijado en las telarañas húmedas del rocío de la mañana, en las fuentes y cascadas (...), se habría dado cuenta de que la necesidad de nubes para el arco iris es un disparate; si a alguna de las dos esposas que tubo le hubiera pedido que se contara las muelas se habría ahorrado la segunda; y si hubiera echado algún que otro rato con un sordomudo de nacimiento habrías matizado la tercera.”

Nombre del remitente (opcional): José Mora Perujo

Título de la obra: ¡Ojalá lo supiera!

Autor de la obra: Richard Phillips Feynman

Arlene,

Te adoro, preciosa.

Sé lo mucho que te gusta escucharlo. Pero no te lo digo sólo porque te guste. Te lo digo porque me hace sentir un calorillo por dentro cuando lo hago.

Hace muchísimo tiempo que no te escribo, casi dos años, pero sé que me perdonarás porque me conoces y sabes que soy tozudo y realista, y no le veía mucho sentido a escribirte.

Pero ahora sé, amada esposa, que lo correcto es hacer lo que he venido retrasando tanto tiempo y que antes hacía tan a menudo. Quiero decirte que te quiero. Quiero quererte. Siempre te querré.

Me es difícil comprender qué significa quererte cuando ya te has muerto, pero aún así quiero consolarte y cuidarte, y quiero que tú me consueles y me cuides a mí. Quiero tener problemas de los que hablar contigo. Quiero hacer pequeñas cosas contigo. Hasta ahora no me había dado cuenta de que podíamos hacer cosas juntos. ¿Qué podríamos hacer? Juntos empezamos a aprender a coser, aprendimos chino y nos compramos un proyector de películas. ¿Puedo hacer algo yo ahora? No. Tú eras la mujer de las ideas y la instigadora general de todas nuestras locuras.

Cuando estabas enferma te preocupabas porque creías que no podías darme algo que querías darme y que pensabas que yo necesitaba. No tenías que preocuparte. Como yo te decía, te quiero tanto y de tantas maneras distintas que no me faltaba de nada. Y ahora es más cierto que nunca. No puedes darme nada y aún así te quiero tanto que sigues estando en el camino de mi enamoramiento hacia cualquier otra. Y quiero que siga siendo así. Tú, muerta, eres mejor que ninguna otra viva.

Sé que me dirás que soy tonto y que lo que deseas es mi felicidad, y que no quieres interponerte en mi camino. Seguro que te sorprende saber que no tengo novia (salvo tú, cariño) dos años después. Pero tú no puedes hacer nada, querida, ni yo tampoco. No puedo entenderlo, porque he conocido a muchas chicas estupendas y no quiero quedarme solo, pero al cabo de dos o tres citas ellas se convierten en cenizas. Tú eres lo único que me queda. Tú eres real.

Amada esposa, te adoro de verdad.

Amo a mi mujer. Mi mujer está muerta.

Rich.

P.S.: Por favor, perdóname que no te envíe esta carta. No sé tu nueva dirección.

Nombre del remitente (opcional): María Moreno Oliva

Título de la obra: La estrategia del agua

Autor de la obra: Lorenzo Silva

-Sunzi -exclamó, mientras su sonrisa se hacía un punto más pronunciada-. También lo uso. Bueno, yo y un montón más. Hay escuelas de negocios donde se estudia como texto obligatorio. Recuerdo haberlo comentado con mi hermano, más de una vez. De aquí sacó la inspiración para su estrategia. La estrategia del agua, la llamaba.

-¿Y en qué consistía, esa estrategia? -preguntó Chamorro.

-En ser como Sunzi dice que es el agua. En no tener forma, para que no puedan darte los golpes. En buscar los resquicios, para hacer inútiles las murallas del enemigo. En evitar las alturas, donde el adversario que dispone de mejores arqueros te acribillará a placer. En resumen, en rehuir el enfrentamiento infructuoso y buscar un terreno de batalla donde tus tropas sean mejores que las del general contrario.

La metáfora era diáfana, pero se tomó el trabajo de traducirla:

-Era lo bastante inteligente como para comprender que no podía responder a la violencia con violencia. Que tampoco tenía sentido empantanarse en el resentimiento, por más que se sintiera víctima de una injusticia. Así no podía ganar, sólo reforzaba la posición del enemigo. Asumió que él tendría que hacer un camino más largo, más penoso, más sutil. Y se puso a ello, porque tenía voluntad de vencer.

Nos quedamos callados. Magda concluyó:

-Supongo que el pobre no contó con que todos los cálculos y toda su estrategia no servirían de nada, contra quien iba a atacarle a traición. Y eso que el propio Sunzi lo advierte: *La guerra es el arte del engaño.*

Meneé la cabeza.

-No. Al final, su estrategia funcionó. Ganó la guerra.

Nombre del remitente (opcional): Osi

Título de la obra: Libro del desasosiego

Autor de la obra: Fernando Pessoa

He escuchado a personas que dicen que no se puede vivir sin esperanza, otros dicen que la esperanza vacía de sentido la existencia. Para mí, que no espero ni desespero, la vida es apenas un cuadro que me incluye a mí, al que veo pasar como un espectador que no se mezcla con la función, convencido de que todo esto no sirve más que para divertir a la mirada. Todo es como una danza mal hilada, hojas movidas por el viento, nubes cuyo color es alterado por la luz del sol entre los viejos trazados de una ciudad antigua.

Me veo a mí mismo como un naípe antiguo que pertenece a un juego desconocido, la última carta de una baraja perdida. Desconozco lo que valgo porque no conozco nada con lo que poder compararme. Me describo en una serie de imágenes sucesivas que persiguen la verdad pero incluyen la mentira. Pero cuando termino esta exploración vuelvo a mí, que no es nada.

Lágrimas sin llanto queman mis ojos quietos. Angustias que jamás he sentido me irritan la garganta seca. Pero no sé por qué motivo he llorado ni por qué motivo he dejado de llorar. La ficción me persigue como si fuese mi sombra. Lo que deseo es dormir.

Nombre del remitente (opcional): Guillermo Paz López

Título de la obra: El Gen

Autor de la obra: Siddhartha Mukherjee

«Cuando el hombre descubre el poder, siempre lo utiliza –escribió un sombrío Bateson–. La ciencia de la herencia no tardará en proporcionar un poder de una magnitud formidable; y dentro de quizá no demasiado tiempo, ese poder se utilizará en algún país para controlar la composición de toda la nación. Cuestión aparte es la de que el ejercicio de tal control sea en última instancia bueno o malo para esa nación o para el conjunto de la humanidad.» Había augurado el siglo del gen.

Nombre del remitente (opcional): José María Pérez Pomares.

Título de la obra: *Ensayos y poemas* (Porrúa Hermanos y Cía, 1917). Edición más reciente en *Tres libros* (Fondo de Cultura Económica, 1964).

Autor de la obra: Julio Torri Maynes (Saltillo, 1889-Ciudad de México, 1969).

¡Circe, diosa venerable! He seguido puntualmente tus avisos. Mas no me hice amarrar al mástil cuando divisamos la isla de las sirenas, porque iba resuelto a perderme. En medio del mar silencioso estaba la pradera fatal. Parecía un cargamento de violetas errante por las aguas.

¡Circe, noble diosa de los hermosos cabellos! Mi destino es cruel. Como iba resuelto a perderme, las sirenas no cantaron para mí.

Nombre del remitente (opcional): Rocío Ponce Ortiz

Título de la obra: Queen Camilla

Autor de la obra: Sue Townsend

“Who are you writing to, darling?

“The milkman”, said Charles. “I’ve been through several drafts, I’ve written and rewritten the damn thing so many times, and don’t know how to end it.”

Camilla picked up the last draft and read:

Dear Milkman,

Awfully sorry to inconvenience you, but would it be at all possible to change our order for today (Thursday) and have two bottles of semi-skimmed instead of the usual one?

If this addition to our usual order leaves you in the ghastly position of being overstretched as far as your stock is concerned, then please do not worry. I would be simply devastated if my request gave you a moment’s anxiety or inconvenienced you in the slightest.

May I just add that your cherry whistle in the morning and in all weathers, somehow exemplifies the very essence of the indomitable British character.

When she finished reading, Charles said, “Do I sign it ‘Sincerely, Charles’ or ‘With best wishes’, or ‘Yours respectfully’, because I do respect him, or what?”

Camilla tore a strip of paper off the bottom of the letter and quickly scrawled, ‘One extra pint, please.’ She rolled the scrap of paper up, pushed it in the neck of an empty Grice’s milk bottle and took the bottle out and put it on the doorstep.

Nombre del remitente (opcional): Potter

Título de la obra: Meditaciones

Autor de la obra: Marco Aurelio

XXXV

Todo es efímero, lo mismo quien celebra que lo celebrado.

XXXVI

Considera siempre que todos los acontecimientos son únicamente el resultado de una transformación, y acostúmbrate a la idea de que la naturaleza universal se complace en cambiar las cosas existentes para hacer de nuevo otras semejantes. Todo lo que existe es, por decirlo así, la semilla de lo venidero. Pero tú crees que la única semilla es la que fecunda la tierra o el seno de una madre, y eso es hartó pueril.

XXXVII

Pronto morirás y no posees todavía ni un alma sencilla, ni una quietud perfecta. Aún temes algún acontecimiento extraño, y no guardas completa benevolencia para con los demás. Tampoco fundas la sabiduría únicamente en la práctica de la justicia.

XXXVIII

Examina detenidamente los principios que guían a los sabios: observa lo que evitan y lo que buscan.

Nombre del remitente (opcional): Ana María Prieto del Pino

Título de la obra: "Autobiografía"

Autor de la obra: Luis Rosales

AUTOBIOGRAFÍA

Como el náufrago metódico que contase las olas
que le bastan para morir;
y las contase, y las volviese a contar, para evitar errores,
hasta aquella que tiene la estatura de un niño y le cubre la frente,
así he vivido yo con una vaga prudencia de caballo de cartón
en el baño,
sabiendo que jamás me he equivocado en nada,
sino en las cosas que yo más quería.

LUIS ROSALES

De *Rimas* (1937-1971)

Nombre del remitente (opcional): Antonio J. Quesada

Título de la obra: Poema “Puzzle”, de *El oro de los sueños*, Madrid, Hiperión, 2002.

Autor de la obra: Francisco Ruiz Noguera

Puzzle

Intenta rescatar

la historia de un fragmento
cualquiera de tu vida.

Intenta, por ejemplo,
componer, como un puzzle,
los días de un verano
que creíste dichoso.

Una pieza:

la luz del mediodía
brillando en la terraza.

Otra más:

el mar y sus destellos
sobre la piel rosada de los hombros.

Puede que sigan vivos

el recuerdo del tacto
de un cuerpo que creíste *para siempre*,
la oscura claridad de una mirada,
el perfil de unos labios.

Con tan breve equipaje

trabaja la memoria,
maestra en levantar
—a base de un desorden de retazos—
un retablo de humo
sobre el fondo de sombras
que dominan las piezas del olvido.

Nombre del remitente (opcional): Sara Reyes.

Título de la obra: Testigo de excepción.

Autor de la obra: Francisca Aguirre.

"Un mar, un mar es lo que necesito.
Un mar y no otra cosa, no otra cosa.
Lo demás es pequeño, insuficiente, pobre.
Un mar, un mar es lo que necesito.
No una montaña, un río, un cielo.
No. Nada, nada,
únicamente un mar.
Tampoco quiero flores, manos,
ni un corazón que me consuele.
No quiero un corazón
a cambio de otro corazón.
No quiero que me hablen de amor
a cambio del amor.
Yo sólo quiero un mar:
yo sólo necesito un mar.
Un agua de distancia,
un agua que no escape,
un agua misericordiosa
en que lavar mi corazón
y dejarlo a su orilla
para que sea empujado por sus olas,
lamido por su lengua de sal
que cicatriza heridas.
Un mar, un mar del que ser cómplice.
Un mar al que contarle todo.
Un mar, creedme, necesito un mar,
un mar donde llorar a mares
y que nadie lo note"

Nombre del remitente (opcional): Jaime Rodríguez Martínez

Título de la obra: "*Cabo de Gata. La memoria y la luz*" (1992, Obra Social de Unicaja)

Autor de la obra: Textos de José Ángel Valente (1929 – 2000) y fotografías de Manuel Falces (1952 – 2010)

Lugar donde se aposenta y vive con todo su poderío la luz. Dominio y extensión del aire y latitud sin mengua del mirar. No sabríamos decir cuánto debemos ya a esta luz, que puede ser alta y terrible como un dios o declinar como animal de fuego hacia el crepúsculo, arrastrando con ella todo el cielo hasta la línea donde no acaba ciertamente el mar.

Tenía el mar fragmentos laminares de noche. Los arrojaba al día, para que el ave tendida de la tarde no pudiera olvidar su origen en los terribles pozos anegados del fondo.

La paciencia del sur. Sus enormes lagartos extendidos. El caparazón oscuro de la noche mordido por la sal. No llega la pregunta a convertirse en signo. Interrogar, ¿por qué? ¿Quién nos respondería desde la plenitud solar sin destruirnos?

El oro envuelto en sangre de las tierras del sur. Los perros vagabundos llegaban hasta el límite frío de los vientos para morir. Nadie habitaba ya el lugar incierto. Óxidos. Nadie. Los luminosos cuarzos amarillos incendiaba en su rápido descenso el sol. Después, la sombra como una antorcha helada en todos los caminos que llevan al vacío. La soledad hambrienta devora las figuras. Sube el silencio contra el cielo, enorme, como un gran alarido.

Nombre del remitente: *Lourdes Rubio*

Título de la obra: Romancero Gitano (1924-1927)

Autor de la obra: Federico García Lorca

Romance sonámbulo

A Gloria Giner y a Federico de los Ríos

(...)

Verde que te quiero verde.

Grandes estrellas de escarcha,

vienen con el pez de sombra

que abre el camino del alba.

La higuera frota su viento

con la lija de sus ramas,

y el monte, gato garduño,

eriza sus pitas agrias.

¿Pero quién vendrá? ¿Y por dónde...?

Ella sigue en su baranda,

verde carne, pelo verde,

soñando en la mar amarga.

(...)

Nombre del remitente (opcional): M. Carmen Ruiz Delgado

Título de la obra: *Si Acaso*, 1975

Autor de la obra: Wisława Szymborska

REGRESOS

Regresó. No dijo nada.

Pero estaba claro que le había ocurrido algo molesto.

Se acostó vestido.

Escondió la cabeza bajo la manta.

Encogió las rodillas.

Ronda los cuarenta, pero no en este instante.

Existe, pero solo tanto como en el vientre de su madre,
érase que se era bajo siete capas de piel, en la oscuridad
protectora.

Mañana dará una conferencia sobre la homeostasis
en la cosmonáutica metagaláctica.

De momento se hizo un ovillo, se durmió.

(De *Si Acaso*, 1975)

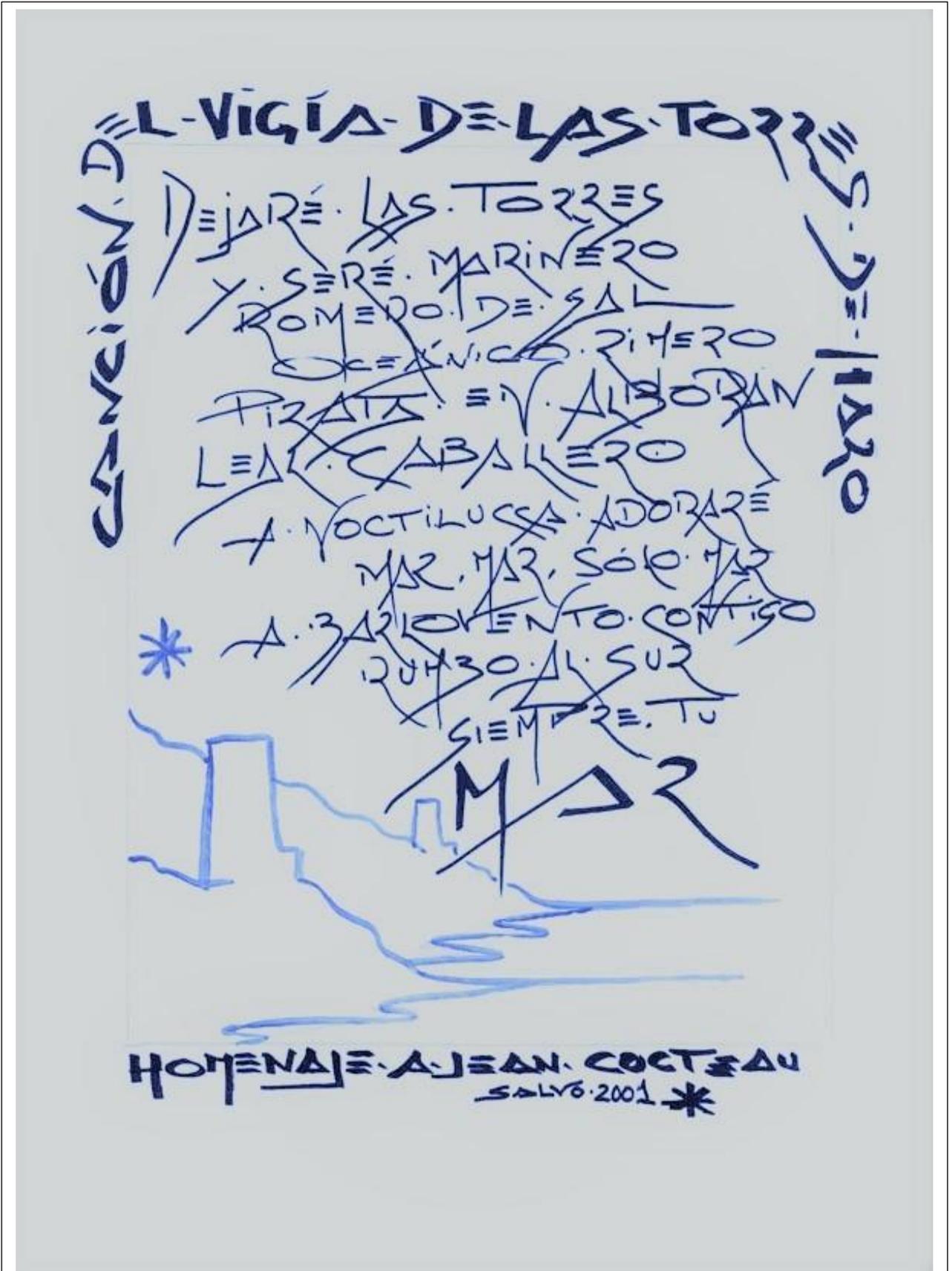
MAR, MAR, SOLO MAR

Si hace medio siglo nos hubiesen dicho que un iceberg casi tan grande como la provincia de Málaga se desprendería de la Antártida, la alarma se habría apoderado de todos nosotros. Hoy esa noticia, que tan solo ocupa un pequeño espacio en los telediarios, ni nos inmuta como otra más de esas extrañas crónicas estivales que ayudan a evadirse en la soporífera canícula. Si hace medio siglo nos hubiesen contado que sobre nuestros océanos flotan cinco grandes islas compuestas por las toneladas de plástico que vertemos a diario en lo que hace azul a nuestro planeta, a buen seguro que los sabios abrirían grandes dudas sobre nuestro futuro. Hoy esa noticia solo nos sirve para recordar que antes del último chapuzón en las saladas aguas tuvimos que apartar algunas del medio millón de botellas de plástico que a diario los malagueños desechamos.

Hace cincuenta años mi abuelo me permitía bañarme solo después de que las aguas fuesen bendecidas por la Reina de los mares. Eran sabios aquellos abuelos, viejos lobos de mar, sabían que hasta el día del Carmen los rayos del Sol quemaban demasiado y que el mar estaba aún demasiado frío como para que el cuerpo se estremeciera. Desde Marzo y hasta entonces solo paseábamos por la orilla, recogiendo conchas, regalándome una historia para cada una de aquellas pequeñas maravillas. Historias siempre de la omnipresente mar. Lo vivo se devolvía al mar, porque la mar era indómita y siempre reclama lo que ella creó. Incluso cuando encontrábamos algún extraño objeto, él me lo ofrecía como el resto de algún naufragio, adornado con sus aventuras vividas desde Espartel hasta Terranova.

Mi abuelo jamás hubiese imaginado que en las orillas de su mar ya no habría conchas, sino que hoy lo que más abunda en el límite entre la tierra y el mar son las colillas, sobre las que le resultaría muy difícil imaginar más historias que las de unos despreocupados. Dentro de medio siglo nos reprocharán como fuimos tan despreocupados. Cuando los últimos rayos de sol caían, vislumbrándose en alguna ocasión un rayo verde, nos volvíamos cantando la vieja canción del Pirata de Alborán: mar, mar, solo mar, a barlovento contigo, siempre TÚ, mar. ¿Por qué no la entonas?.

Salvo Tierra



CANCIÓN DEL VIGÍA DE LAS TORRES DE MARO
SALVO TIERRA (Publicado en Revista ISEL 2002:56-58)

Nombre del remitente (opcional): Leonor Santos Ruiz

Título de la obra: Gramática de la Fantasía

Autor de la obra: Gianni Rodari

La piedra en el estanque

Una piedra arrojada a un estanque provoca ondas concéntricas que se expanden sobre su superficie, afectando su movimiento, a distancias variadas, con diversos efectos, a la ninfa y a la caña, al barquito de papel y a la canoa del pescador. Objetos que estaban cada uno por su lado, en paz o en su sueño, son como llamados a la vida, obligados a reaccionar, a entrar en relación entre sí. Otros movimientos invisibles se propagan hacia el fondo, en todas direcciones, mientras la piedra se precipita removiendo algas, asustando peces, causando siempre nuevas agitaciones moleculares. Cuando toca fondo, agita el lodo, golpea los objetos que yacían olvidados, algunos de los cuales son desenterrados, otros a su vez son tapados por la arena. Innumerables acontecimientos, o miniacontecimientos, se suceden en un tiempo brevísimo.

Quizás ni aún teniendo el tiempo y las ganas necesarios sería posible registrarlos, sin omisión, en su totalidad.

Igualmente una palabra, lanzada al azar en la mente, produce ondas superficiales y profundas, provoca una serie infinita de reacciones en cadena, implicando en su caída sonidos e imágenes, analogías y recuerdos, significados y sueños, en un movimiento que afecta a la experiencia y a la memoria, a la fantasía y al inconsciente, complicándolo el hecho de que la mente misma no asiste pasiva a la representación, sino que interviene continuamente, para aceptar y rechazar, ligar y censurar, construir y destruir.

Nombre del remitente (opcional): Antonio Manuel Soto Redondo

Título de la obra: El hombre sin atributos

Autor de la obra: Robert Musil

Si se hiciese un análisis psicotécnico de un gran intelectual y de un campeón de boxeo, se observaría probablemente que su astucia, valentía, precisión y capacidad coordinativa, así como la rapidez de reacciones en su campo de interés, son en el fondo las mismas; y que la virtud y las aptitudes que determinan el éxito no se diferencian sustancialmente de las de cualquier famoso caballo vencedor en carreras de obstáculos, pues no se deben menospreciar las relevantes cualidades que entran en juego al saltar una valla. Un campeón de boxeo y un caballo superan a un gran intelectual en que su trabajo puede ser medido sin discusión, y el mejor entre ellos es reconocido como tal por todos; de este modo, el deporte y la objetividad han llegado meritoriamente a suplantar a aquellos conceptos anticuados del genio y de la grandeza humana.

Nombre del remitente: Alicia Trujillo Osuna

Título de la obra: Ética para Amador

Autor de la obra: Fernando Savater

“¿Sabes cuál es la única obligación que tenemos en esta vida? Pues no ser imbéciles. La palabra «imbécil» es más sustanciosa de lo que parece, no te vayas a creer. Viene del latín *baculus* que significa «bastón»: el imbécil es el que necesita bastón para caminar. Que no se enfaden con nosotros los cojos ni los ancianitos, porque el bastón al que nos referimos no es el que se usa muy legítimamente para ayudar a sostenerse y dar pasitos a un cuerpo quebrantado por algún accidente o por la edad. El imbécil puede ser todo lo ágil que se quiera y dar brincos como una gacela olímpica, no se trata de eso. Si el imbécil cojea no es de los pies, sino del ánimo: es su espíritu el debilucho y cojitranco, aunque su cuerpo pegue unas volteretas de órdago. Hay imbéciles de varios modelos, a elegir:

- a) El que cree que no quiere nada, el que dice que todo le da igual, el que vive en un perpetuo bostezo o en siesta permanente, aunque tenga los ojos abiertos y no ronque.
- b) El que cree que lo quiere todo, lo primero que se le presenta y lo contrario de lo que se le presenta: marcharse y quedarse, bailar y estar sentado, masticar ajos y dar besos sublimes, todo a la vez.
- c) El que no sabe lo que quiere ni se molesta en averiguarlo. Imita los quererres de sus vecinos o les lleva la contraria porque sí, todo lo que hace está dictado por la opinión mayoritaria de los que le rodean: es conformista sin reflexión o rebelde sin causa.
- d) El que sabe que quiere y sabe lo que quiere y, más o menos, sabe por qué lo quiere pero lo quiere flojito, con miedo o con poca fuerza. A fin de cuentas, termina siempre haciendo lo que no quiere y dejando lo que quiere para mañana, a ver si entonces se encuentra más entonado.
- e) El que quiere con fuerza y ferocidad, en plan bárbaro, pero se ha engañado a sí mismo sobre lo que es la realidad, se despista enormemente y termina confundiendo la buena vida con aquello que va a hacerle polvo. Todos estos tipos de imbecilidad necesitan bastón, es decir, necesitan apoyarse en cosas de fuera, ajenas, que no tienen nada que ver con la libertad y la reflexión propias.”

“De modo que lo que llamamos «remordimiento» no es más que el descontento que sentimos con nosotros mismos cuando hemos empleado mal la libertad, es decir, cuando la hemos utilizado en contradicción con lo que de veras queremos como seres humanos. Y ser responsable es saberse auténticamente libre, para bien y para mal: apechugar con las consecuencias de lo que hemos hecho, enmendar lo malo que pueda enmendarse y aprovechar al máximo lo bueno.”

Nombre del remitente (opcional): Silvia Tumino

Título de la obra: Ho sceso, dandoti il braccio, almeno un milione di scale

Autor de la obra: Eugenio Montale

Ho sceso, dandoti il braccio, almeno un milione di scale

e ora che non ci sei è il vuoto ad ogni gradino.

Anche così è stato breve il nostro lungo viaggio.

Il mio dura tuttora, nè più mi occorrono

le coincidenze, le prenotazioni,

le trappole, gli scorni di chi crede

che la realtà sia quella che si vede.

Ho sceso milioni di scale dandoti il braccio

non già perché con quattr'occhi forse si vede di più.

Con te le ho scese perché sapevo che di noi due

le sole vere pupille, sebbene tanto offuscate,

erano le tue.

Nombre del remitente (opcional): Javier Vargas Aguilar

Título de la obra: Mort, 1987

Autor de la obra: Terry Pratchett

Prácticamente todo puede moverse a mayor velocidad que la luz del Disco, que es lenta y mansa, a diferencia de la luz corriente. Según el filósofo Ly Tin Wheedle, lo único conocido que se mueve más deprisa que la luz corriente es la monarquía. Llegó a esta conclusión siguiendo este razonamiento: no se puede tener más de un rey, y la tradición exige que no existan intervalos entre un rey y otro, de manera que cuando un rey muere, la sucesión ha de pasar al heredero *instantáneamente*. Según Wheedle, es probable que existan ciertas partículas elementales, los reiones o tal vez las reionas, que se encargan de cumplir esta función, pero hay que tener en cuenta que a veces la sucesión falla si, en mitad del vuelo chocan contra una antipartícula, o republicón. Su ambicioso plan de utilizar este descubrimiento para enviar mensajes, para lo cual hubo de torturar cuidadosamente a un rey menor para poder así modular la señal, jamás llegó a desarrollarse con todo detalle porque, alcanzado este punto, le cerraron el bar.

Nombre del remitente (opcional): FRANCISCO VIGO GARCÍA

Título de la obra: A DÓNDE VAN LOS DRAGONES

Autor de la obra: BRUNO PUELLES

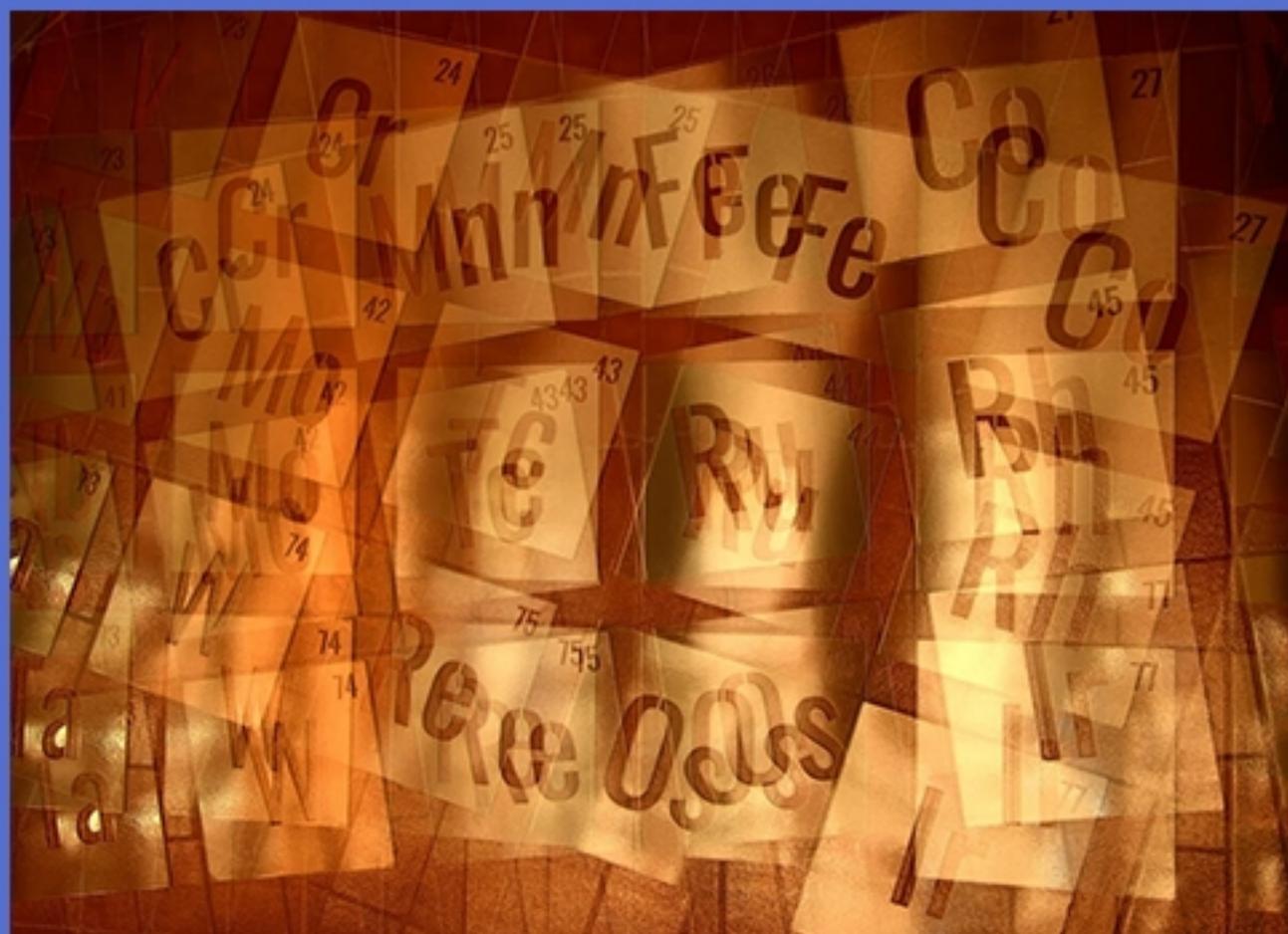
A mi madre le encantaba la lluvia. Cuando caía, ella se sentaba junto a la ventana del salón, la más grande de nuestra casa, y la contemplaba a través del cristal, abstraída. Sus iris, de un bello tono gris que no tuve la suerte de heredar, estaban en armonía con el agua y las nubes. La lluvia trae la vida a los campos y, por lo tanto, a nosotros, me decía. Pero no solo eso; además, la lluvia tiene una propiedad mágica. Es capaz de borrarlo todo para volver a empezar. Se lleva la tristeza, el enfado, el rencor, y cuando se marcha vuelve a dejar el mundo nuevo, oliendo a limpio, habiéndolo olvidado todo. Algunas veces, si las heridas son demasiado profundas, la lluvia no es capaz de cerrarlas a la primera, pero las alivia. Cabe esperar que, con el tiempo, si llueve lo suficiente, también estas se curen. Cuando terminaba de llover, le gustaba salir y ver ese mundo recién estrenado. Sacaba una manta gruesa y la colocaba sobre un banquito que teníamos delante de la casa, al pie del camino. Se sentaba encima para no mojarse y pasaba las horas. El sol volvía a salir, a veces acompañado por un arcoíris, los charcos se secaban poco a poco, el agua corría por la cuneta hasta desaparecer. Todo lo malo se iba y volvíamos a empezar. Nunca supe qué era lo que mi madre quería que la lluvia curase, pero siempre confié en que el siguiente chaparrón terminara de hacerlo.

Nombre del remitente (opcional): Francisco R. Villatoro (LCC, UMA)

Título de la obra: La medición del mundo

Autor de la obra: Daniel Kehlmann

A menudo charlaban de ese modo. Weber se encontraba al otro lado en el gabinete de física del centro de la ciudad ante una segunda bobina con una aguja idéntica. Con aparatos de inducción se enviaban señales mutuamente en las horas acordadas. Gauss había intentado algo similar años antes con Eugen y los helióstatos, pero el chico no había logrado recordar el alfabeto diádico. Weber lo consideraba un invento único en su género y bastaría que el profesor lo diese a conocer para hacerse rico y famoso. Ya era famoso, respondía entonces Gauss, y a decir verdad también bastante rico. La idea era tan obvia que se la cedía de buen grado a los duros de mollera.



[...]

En los vastos confines orientales
Del azul palidecen los planetas,
El alquimista piensa en las secretas
Leyes que unen planetas y metales.

Y mientras cree tocar enardecido
El oro aquél que matará la Muerte.
Dios, que sabe de alquimia, lo convierte
En polvo, en nadie, en nada y en olvido.

El Alquimista
Jorge Luis Borges